

Jesús, Mi querido doctor.
(Crónicas de un ciego)

Dr. Santiago Soto Obrador.
Otoño 2014.

Magos de oriente.
Diez Leprosos.
Jairo.
El Ciego de nacimiento.
La Mujer con el perfume.
José de Arimatea.
La viuda y su ofrenda.
El Hijo pródigo.
Fariseo y Publicano.
Zaqueo.
El Cireneo.
La portera que acusó a Pedro.
El soldado que azotó a Jesús.
La turba: ¡Crucifícalo!

**El niño con la cesta: dos
peces, cinco panes.**
Los pastores.

El Buey, el Asno, el Grillo.

Herodes.
El Capitán romano.
La Hemorroísa.
El Joven rico.
Barrabás.
Los Mercaderes del templo.
Marta y María.
Lázaro y Epulón.
El buen ladrón.
Herodes.
Lázaro, el amigo de Jesús.

**El soldado que hirió al Señor
en un costado.**

La multitud.

Judas Iscariote.

INTRODUCCIÓN.

A ti, caminante de esta tierra; a ti, que buscas, porque tienes en el alma la nostalgia del paraíso; a ti que anhelas poder recostar tu cabeza en el regazo del Señor y recibir su consuelo:

Búscate a través de estas páginas y escudriña en ellas, porque Jesús tiene algo que decirte.

No cierres este librito sin antes haber examinado entre sus letras, dónde fue que hallaste la última vez al Señor.

Y, cuando te encuentres, ten la plena certeza de que eres la poesía de Jesús.

Dios es el poeta y el hombre es su poema. Y Jesús, con su misericordia, es quien restaura los versos que la vida, desordenó.

Léeme con sentimiento y, luego, aquí, te encontrarás caminando a Su lado

PROLOGO.

Escribir sobre el Evangelio no es tarea fácil, aún para sacerdotes y teólogos. Pero este breve y hermoso ensayo del doctor Santiago Soto Obrador, Profesor de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile, no tiene ninguna intención anagógica (1), sino el deseo de compartir, con humildad y honradez, sus propias reflexiones sobre los pensamientos y actitudes de algunos de quienes tuvieron el privilegio de vivir la alucinante experiencia de Jesús. Se trata, entonces, de la visión personal de un médico católico, cuyo único aval- además de su amor por Cristo- es la penetrante percepción del buen clínico, acostumbrado a develar- bajo lo aparente- esa interioridad oculta del cuerpo y del alma.

Es aquí donde radica la novedad y el interés de este libro: el intento de mostrarnos cómo estos variados comportamientos de aceptación o rechazo, muchas veces ambiguos- más allá de la realidad histórica de los personajes

bíblicos- están presentes, como actitudes psicológicas en la conciencia de todos los cristianos, favoreciendo y también obstaculizando, nuestra plena identificación con la persona y el mensaje de Cristo. Así, quiérase o no, en nuestra interioridad - señala el autor- hay un Pedro que amando a Jesús, lo niega por cobardía; un Judas que lo traiciona y un Pilato que, lavándose las manos, pretende evadir su responsabilidad en el crimen más injusto y absurdo de la historia.

Pero, el doctor Santiago Soto nos muestra que, paralelamente, también existe en nosotros un Lázaro, que le ofrece su amistad; una Marta y María, que confían en El; un José de Arimatea que arriesga su posición y su prestigio, porque ha creído en la verdad de su doctrina y, sobre todo, un Jairo o un Centurión Romano, cuya fe, por sí sola, hace posible el milagro. Del mismo modo, desenmascara el autor, con particular honestidad, tanto en sí mismo, como en muchos otros que buscamos sinceramente a Dios, cómo nos comportamos - con demasiada frecuencia- al igual que el joven rico que, siendo un alma limpia y generosa y fiel a los mandatos de la ley, no es capaz, sin embargo, de ese abandono radical de los valores y estimaciones del mundo necesario para quienes desean ese segundo nacimiento que nos abre las puertas del Reino. Sin duda este paso, que no implica una anestesia vital sino un “desasimiento” en el que se disfruta, pero sin depender de los agrados de la vida, es el más difícil del camino cristiano, y personalmente, pienso que requiere de una particular gracia y don divino que le permita al hombre lograr esta definitiva negación de sí mismo.

En todo caso, creo que el mayor mérito de este libro reside en la sinceridad del autor, que - siendo un profesional del más alto prestigio-, no vacila en mostrar y compartir los límites y las imperfecciones de su fe, lo que nos mueve y estimula a mirar con mayor honestidad, en nuestra conciencia, los defectos más íntimos de nuestra propia vocación cristiana. Pero la vida del hombre es una constante paradoja y es por eso que este testimonio

autocrítico del doctor Santiago Soto termina- en el fondo- contagiándonos su amor por el dulce Jesús y nos ayuda a superar nuestras personales imperfecciones, a través de esa misteriosa libertad que otorga el conocimiento.

Aunque el autor no lo dice explícitamente, se hace evidente en el transcurso del texto que también habita en nuestro interior el propio Jesús. Es por eso que el libro, lejos de ser una visión pesimista y decepcionante, es, a través de una valerosa confesión, una especie de súplica a Cristo a favor del hombre, reconociendo nuestras debilidades, pero también la nobleza más íntima de nuestro espíritu; es por eso que constituye un llamado a ese místico silencio que, junto con permitirnos conocer y asumir nuestras virtudes y defectos, nos aproxima cada día a encontrar en Jesús- ese niño desvalido que nació en un humilde pesebre- la sublime belleza de Cristo y su apasionante invitación al amor y a la verdad; a la felicidad y a la esperanza.

Doctor Sergio Peña y Lillo.
Profesor de Psiquiatría.
Universidad de Chile.

Anagogía: Interpretación del sentido místico y espiritual de la Sagrada Escritura.

Prólogo del Autor.

Recuerda, Señor, que cuando llegaste, y se encendió el fuego de tu amor en tantos hombres, quisiste encontrarte con diversas personas, y a ellas les dejaste algo en especial. He pensado que los hombres somos iguales, pero con algunas aristas de diversidad en el carácter, en la personalidad y en la forma de encarar diferentes hechos de la vida. Pero somos iguales, porque somos tu soplo, porque en lo íntimo, eres Tú el que nos habitas.

En el pasaje de tu vida en la tierra, tu relación con esas personas sirvió para enseñarnos; tomaste como ejemplos diferentes hombres y mujeres y, en ellos, estamos representados todos. Todo el género humano.

Somos todos Magos de Oriente que siguiendo una estrella, la esperanza, te buscamos; somos Herodes cada vez que engañamos a los que te buscan con sincero corazón. Y Leprosos del alma, miserables y aún hipócritas, ya que caminamos tras de ti sólo para que cures nuestras llagas.

Somos el Capitán romano cada vez que, humildes, pensamos ser indignos de que entres en nuestra casa y que una palabra de tu boca es suficiente para regar la sequedad de nuestro jardín.

Tenemos la misma postura que Jairo, cuando estamos desesperados; somos como la Hemorroísa cuando, avergonzados, buscamos a tientas tu ayuda, y como los ciegos cuando nos damos cuenta que sólo tu palabra puede abrir las pupilas cerradas de nuestra alma.

Como el Joven rico tenemos miedo de seguirte y terminar sin pertenencias, viviendo sólo de lo que Tú nos des, pero te amamos como la Mujer pecadora, y con el perfume del arrepentimiento ungimos tus pies y te pedimos que nos perdones.

Tenemos un Barrabás en el alma y la solicitud de un José de Arimatea, pero muchas veces parecemos mercaderes que sólo se ocupan de sus quehaceres sin acordarse de ti.

La viuda y su ofrenda nos representan pocas veces en el desprendimiento, y Marta y María son la expresión de esa polaridad entre la mística entrega que descansa confiada en tu regazo y esa otra que desea la virtud en nuestras acciones.

Y como el Hijo Pródigo volvemos humillados después de haber partido de tu lado tantas veces y, en vez de tu reproche, siempre encontramos la alegría de tu amor.

Lázaro, el leproso, y Epulón son la representación de la miseria del alma, la avaricia y la ambición desmedida, la ausencia de caridad, el espejo del egoísmo y la pequeñez de nuestras vidas.

Somos Zaqueo, somos Herodes.

Somos un contrapunto de amor y desamor, de generosidad y avaricia, de heroísmo y cobardía y, tal vez, sea en esa lucha íntima entre la carne y el espíritu, donde radique la última nobleza de nuestra soledad.

Como Zaqueo. Como Herodes.

A veces somos el Cireneo que toma la cruz del otro y lo ayuda. O como Lázaro, tu amigo, que tal vez te esperó sin impaciencia porque presentía la resurrección a la verdadera vida, sin muerte, sin dolor.

Somos La Portera que acusó a Pedro en el momento de su debilidad; mezcla de maldad e hipocresía, fariseo y cobardía, como nosotros cuando nos queremos congregar con los poderosos.

El Buen Ladrón. El soldado que azotó a Jesús. La turba: ¡Crucifícalo! . ¡Crucifícalo!. El soldado que hirió al Señor en un costado:

Ojalá pudiéramos parecernos al Buen Ladrón, reconociendo nuestras debilidades y el generoso don de la fe, teniendo la certeza de que hoy estaremos con El en el paraíso. Somos, también, la soldadesca que grita : ¡Crucifícalo!; ¡ Crucifícalo!, cada vez que culpamos a otro con ira y sed de venganza olvidando demasiado pronto que para tirar la primera piedra es necesario estar libre de culpa. Tal vez olvidamos también, la belleza insondable del perdón de Cristo, que estando sin culpa, dicta posiblemente la sentencia más tierna y más hermosa de la historia: “Ninguno te culpa. Ni yo tampoco te culpo; vete, mujer, y no peques más”.

LOS MAGOS DE ORIENTE.

Habiendo nacido Jesús en Belén de Judá, durante el reinado de Herodes, vinieron unos Magos de Oriente a Jerusalén, y preguntaron: “ ¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?, porque hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarlo”.....Mt 2,1. Herodes, entonces, llamó privadamente a los magos para saber la fecha exacta en que se les había aparecido la estrella. Encaminándolos a Belén les dijo:”Vayan y averigüen bien lo que se refiere a este niño. Cuando lo hayan encontrado avisenme para ir yo también a adorarlo.

Mt 2,7

¿ Qué les llamó a visitarte? ¿ Qué pensamientos tenían cuando te vieron y quién los iluminó para que sospecharan de Herodes?

¿ Qué les dijo la estrella que les guiara en su camino al pesebre?

Yo soy un Mago de Oriente.

Jamás he dejado de serlo. Me gusta vestir buenos atuendos y hacer magníficos regalos. Si me dicen que has nacido, que la estrella ya te anuncia, que lloras en tu cuna, allá voy, Señor, con mis regalos.

No te llevaré incienso ni oro ni mirra.

Si eres tan pequeño.

Te llevaré los juguetes que miré en las vitrinas tantas navidades y que nunca tuve.

Porque yo quisiera que nada te faltara.

Te llevaré unos zapatitos para que tus pies no anden descalzos ni fríos; para que no se hieran con las piedras del camino y puedas correr libre, sin llanto.

Y un cascabel para que te entretenga mientras María afana aquí y allá, y José trabaja para el pan de cada día.

Que no te falte, Señor, el juguete de mi risa que te alegre, porque río de puro contento de saber que ya has venido, que me quieres y me esperas.

Vengo, como un Mago de Oriente, a mostrarte mis regalos: una limosna, un consejo, compañía. Una oración cada mañana, un decirte, Señor, te amo.

Yo quisiera haberte traído el oro de una vida buena, de haber cumplido siempre tu mandamiento; el oro de la amistad generosa y desprendida. Pero no lo tengo, Señor. Por eso, sólo te traigo lo que encontré después de tanto buscar: los juguetes de mi infancia, la inocencia de ese tiempo, la risa cantarina de entonces, la mirada limpia, las manos puras, el corazón crédulo del niño que yo era.

Toca mis manos con las tuyas y jugaré contigo, y tú, Gran Mago, convertirás mi corazón frío en una hoguera transformando mi nada en infinitud con la magia de tu amor.

Quiéreme ahora, Señor, que es posible que vengan días en que junto a la turba yo también grite: ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!.

Si me ves vociferando contra ti, diciendo cosas que no entiendo, recuerda que un día, como Mago de Oriente, puse al lado de tu cuna mi Primera Comuni3n y el cascabel de mi risa inocente de la Navidad.

Y de tu cofre de recuerdos, saca los juguetes que te regalé, hoy convertidos en oracion, desde que musité junto a mi madre, mi primer Padre Nuestro.

Yo soy como un mago del oriente que no veo ahora estrella alguna; el mundo duerme, pero yo confío.

El camino para encontrarte es tan largo, está lleno de riesgos y tinieblas. Y sobre todo, es un camino solitario y arduo por donde pocos quieren caminar.

Y se ríen, Señor, porque ya no hay estrella y no hay brillo, y aquellos que lo siguen fácilmente se desencantan, porque no parece haber logros mundanos ni recompensa al final de ese camino.

Además, mira como estás, apenas vestido, chorreando pobreza, metido en un pesebre, con frío.

Al mundo no le gusta ni cree, Señor, en un Dios pobre, porque no ha comprendido la divina paradoja del amor.

Prefiere el brillo del oro, el ruido de la música que aturde los sentidos, el baile de máscaras para esconder el rostro y sobrevivir al qué dirán.

Si has dicho que hay que ser como Tú: Señor, me da miedo andar desnudo de caretas y ser yo mismo; me da miedo nacer en un pesebre: ¿Quién me acompañaría?. Me da terror y frío seguir tu llamado, porque me marginarían de los goces del mundo que aún anhelo.

Yo soy un Mago de Oriente que me pongo en camino muchas veces para estar bien contigo, y como en un contrapunto terrible, también para obtener ganancias, para triunfar sobre otros, para oprimirlos, para obtener los éxitos y placeres de la vida.

Soy un Mago de Oriente que va ya sin estrella, y que cree que el pesebre es el lugar para dejar la oración mediocre y la fe vacilante.

He entendido, Señor, durante el viaje, que perdí todo el oro que junté; derramé la mirra en tierras secas y quemé el incienso en ídolos de fantasía.

Pero, tu pesebre está en mi corazón y mi corazón en tu pesebre. Y me averguenza, Señor, que siendo yo quien deba hacerte los gestos del amor, tengas que ser Tú, tan pequeñito, quien me tome entre sus brazos y vuelva a perdonarme, una y otra vez, tanta mezquindad, tanto desvarío.

Sólo me queda como regalo lo que musité, junto a mi madre: mi primer Padre Nuestro balbuceante.

Mi primer Padre Nuestro titubeante, ingenuo y candoroso como es siempre la oración de un niño.

HERODES.

Herodes había hecho detener a Juan y, cargado de cadenas, lo había metido en la cárcel. Pues Herodes había tomado como mujer a Herodías, la esposa de su hermano Filipo, y Juan le decía: "No puedes tenerla como esposa". Herodes hubiera querido matarlo, pero no se atrevía por temor al pueblo, que lo consideraba un profeta. Pero llegó el cumpleaños de Herodes. La hija de Herodías salió a bailar en medio de los invitados, y le gustó tanto a Herodes, que le prometió bajo juramento darle todo lo que le pidiera. La joven, siguiendo el consejo de su madre, le dijo: Dame aquí en una bandeja la cabeza de Juan Bautista.....Y mandó cortar la cabeza de Juan en la cárcel. Mt14,1-10.

Yo también soy Herodes.

Me molesta decirlo.

Incluso pensarlo. Pero, Herodes amaba su trono, como yo mis pertenencias. Hasta las agujas gastadas, los libros viejos, los papeles arrugados, los títulos, los cartones que se usan para premios de distinción. Si yo amo tanta bagatela, ¿cómo Herodes no iba a amar su reino?

Era igual que un niño. Creyó que otro niño venía a arrebatárselo.

Y mandó, mi Señor, a los Magos a que te hallaran y volvieran a decírselo. Ya había urdido tu muerte en su corazón. Como no te hallara, decidió dar muerte a tanto inocente.

Yo soy Herodes.

A veces pienso: “no soy tan malo”.

Pero, estoy equivocado.

Herodes te hizo caminar desde Belén a Egipto. Desde Egipto huyó Moisés después que hubieron muerto todos los primogénitos, para llevar a su pueblo a la tierra prometida. Desde Egipto deberás partir Tú también, para mostrar a tu pueblo el camino hacia la casa del Padre.

¿Cuántos primogénitos he mandado a matar?

Cuánta ilusión puedo haber destruido, cuánta esperanza que se cifró en mí. No lo sé.

Herodes tampoco supo a cuántos sesgó sus vidas.

Yo soy Herodes.

He hecho salir desde Belén a muchos y los he metido en el desierto.

Y no han hallado la tierra prometida por mí en mis discursos políticos, en mis promesas de trabajo, en mis ofrecimientos de ayuda, en mis ofertas de un mañana mejor, en mis argumentaciones de paz.

Soy el Herodes que se ríe de los cándidos que creen en Dios y no en sí mismos. Tengo un palacio hecho de ambiciones, una espada siempre preparada, una crítica, un eventual engaño.

Pero a veces, Señor, han llegado a mi palacio personas preguntando por tí. Y les he dicho cómo hallarte, por dónde ir hacia tu casa, qué decirte en el encuentro.

Y les he pedido que te hablen de mi, para que vengas a buscarme, porque me faltan fuerzas para salir de este palacio.

Si vienes, yo te abro la puerta, Señor.

Soy Herodes.

Ven.

Los otros no han vuelto a decirme que te han hablado de mi.

Tal vez les hice daño.

Tal vez me tienen miedo.

No me tengas miedo, Tú, Señor, porque te estoy esperando.

A veces, creo que yo debiera ir a buscarte.

Te confieso que me aterra que me vean golpeando a tu puerta y no me abras. O que me abras y no sepa, yo, qué decirte. Tengo tanta maldad en el alma, en las manos, en los bolsillos.

¿ Y si Tú sabes que soy Herodes, por qué no me alivias de la soledad que me sobrecoge ?

Voy a esperar que vuelvan los Magos a contarme dónde estás, me vestiré de gala, te regalaré mi reino.

Sólo te pediré que me des una brizna de la paja de tu pesebre y, ya verás, me calentará el corazón que lo siento tan frío.

Me gustaba Herodías, como a David lo embrujó Betsabé. Yo se la robé a mi hermano; él a su hermano de armas. La diferencia, Señor, es que David te abrió su corazón.

Pidió perdón.

En cambio, yo, aunque Juan Bautista me lo dijo tantas veces, no sólo no pedí perdón sino que persistí en la falta abyecta.

Herodías representa mis deseos y ambiciones, mi codicia y concupiscencia, los afanes de despojar a otros de los que les pertenece.

Nunca quise descubrirte mi corazón. Me aterraba encontrarme conmigo, destapar mi cobardía, enfrentar mis ansias ocultas. Y a tu pedido de cambiar mi vida, decapité en Juan, tu ternura.

Yo soy Herodes.

¿ Me recuerdas, Señor?

Aún sigo mutilando al que tiene una Herodías. Está húmeda mi espada de maledicencia; hago aparecer mentiroso al veraz, convierto al valiente en temeroso y al que te ama lo transformo en cobarde.

Los siglos no han cambiado mis afanes ni han terminado mi egoísmo. Y como los Magos no volvieron a decirme dónde estabas, decapito la pureza, destrozo el corazón de niño de cuantos se acercan a ti.

Claro que ahora estoy menos violento: decapito por consenso, encarcelo la pobreza y reparto la avaricia.

Como quiero saber en qué lugar del universo es donde habitas, preparo costosas naves para hurgar en tus dominios mientras se mueren de hambre los que no pueden mirar las estrellas, porque viven doblados buscando en el suelo su sustento.

Es cierto que si no tuviera tantas ganas de espiar el universo podría haber dado de comer a tantos niños y enjugado las lágrimas de los despojados y desnudos, pero, por consenso, he logrado deshacerme de la realeza de mi condición de gobernante y, democráticamente, he hecho soñar a muchos de mis subditos que volar es mejor que dar de comer al hambriento y que el poder que da conocer el universo es mejor que vestir al desnudo.

Y hay acuerdo.

Hay acuerdo.

Yo soy Herodes, Señor.

EL CAPITAN ROMANO.

Había un capitán que tenía un sirviente enfermo y a punto de morir, a quien quería mucho. Habiendo oído hablar de Jesús, le envió algunos judíos importantes para rogarle que fuera a sanar a su servidor....Jesús se puso en camino con ellos, y no estaban muy lejos de la casa, cuando el capitán envió a unos amigos para que le dijeran: “Señor, no te molestes más, porque soy bien poca cosa para que entres a mi casa; por eso, ni siquiera me atreví a ir donde ti. Pero di una palabra solamente y mi sirviente sanará.

Lc 7, 1-7.

¿ Recuerdas, Señor, cuando se acercó a ti un capitán de la guardia imperial y te rogó que sanaras a su sirviente enfermo?

¿ Recuerdas que te dijo que no era necesario que fueras a su casa?

¿ Que no era digno de que entraras en su casa y que bastaba un sola palabra tuya y su sirviente quedaría sanado?

Soy yo también, Señor, ese hombre de fe.

Lleno de admiración por tu majestad, por la infinita bondad de tu mirada, por la cálida acogida al que sufre, por la inefable solicitud que tienes con el que llora.

Y con el pobre.

Como aquel capitán, creo que no soy digno de que entres en la pobre morada de mi alma, pero dí una sola palabra y mi alma quedará tan feliz, tan llena de sosiego.

No sé si te acuerdas, Señor, de aquella tarde. Le dijiste al capitán: “ que te suceda como creíste”. En esa esperanza vivo, creyendo que eres el Hijo de Dios, que has venido a salvarnos, que nos esperas en las moradas que nos has preparado en tu reino, donde no habrá más despedidas y donde enjugarás toda lágrima.

No, Señor, no te molestes en venir a mi casa. Dí una sola palabra y exultaré de gozo. Dime que suceda como he creído y, bueno, no tengo como expresarte mi alegría, porque si lo que he creído sucede, desde ya estoy borracho de felicidad.

Lo que creo, Señor, es tan precioso, y tu promesa de que ello se cumplirá es tan hermosa, que hace mucho tiempo no pienso en otra cosa.

JAIRO.

Llegó uno de los dirigentes de la sinagoga, que se llamaba Jairo, y, cuando vio a Jesús, se postró a sus pies. Le rogaba: “Mi hija está agonizando; ven, pon tus manos sobre ella para que sane y viva. Jesús se fue con Jairo en medio de un gentío que lo apretaba. Se acercaron algunos de la casa del dirigente de la sinagoga. diciendo: “ Tu hija ya murió, ¿para qué molestas ahora al Maestro?. Jesús se hizo el desentendido y dijo al dirigente: No tengas miedo, solamente ten fe”

Mc 5, 22-24 y Mc 5, 35-36.-

El jefe judío Jairo, se prosternó ante ti y te rogó: “ Mi hija acaba de morir, pero ven a mi casa, imponle la mano y vivirá”.

Yo soy Jairo, cuando cada mañana te pido que impongas las manos sobre las obras muertas que haré, para que tu bondad las haga vivas; soy Jairo cada vez que me prosterno ante tu presencia y te ruego por los que me has mandado cuidar, por los que tienen hambre, por los presos, por los solitarios, por los abandonados, los tristes, los que han perdido la fe y la esperanza, y sobre todo, los enfermos.

Soy Jairo, cada vez que te ruego que impongas las manos sobre lasavecillas heridas, sobre los bosques que se queman; y cuando te imploro que protejas a los animales que huyen del hombre que les persigue sólo por matar.

Soy Jairo cuando te pido que le tomes la mano al viento que sopla furioso para que no dañe los sembrados ni destruya las ciudades. Y cuando veo las largas filas de niños pidiendo comida o cómo se mueren en los brazos de sus madres en las tierras hambreadas, soy el Jairo que te pide que abras tu mano y los sacies, porque es tanta la miseria, tanto el dolor del mundo, que si no te compadeces, no sé qué será de nosotros.

Alguien le dijo a Jairo: “ No molestes más al Maestro, pues tu hija está muerta”.

Tú, Señor, atento a pesar de la muchedumbre que te rodeaba y te hablaba, tuviste la delicadeza de decirme: “ No temas; basta que creas, y tu hija se salvará”.

Y nos encaminamos, Tú y yo, hacia mi casa, rodeados del gentío que no entendía mi dolor y que se burló de ti cuando dijiste: “No lloren; la niña no está muerta, sino que duerme”.

El camino que recorriste junto a mí estuvo lleno del dolor de la pérdida de mi hija; mis pensamientos estaban inmersos en la tristeza, casi no sentía a las gentes. Tampoco tuve conciencia de que fueras caminando a mi lado. Como ahora, en que envuelto en el tráfigo febril de quehaceres múltiples, olvido que allí estás, a mi lado, diciéndome siempre: “No temas; basta que

creas y tu hija se salvará; ya hallarás trabajo, luego te mejorarás de esa enfermedad, pronto se cumplirá como has pedido”.

El sendero que anduvimos siendo yo el Jairo crédulo de tu bondad y de tu poder divino, es como la vida de los hombres que deambulan envueltos en la muchedumbre, cubierta el alma con sus dolores y ansiedades y se olvidan que Tú estás allí, haciendo la misma ruta.

Yo soy Jairo, Señor, y siento que vas a mi lado.

A veces creo que te has alejado. Es que no te veo, Señor, entre tanta turba, entre tanto tráfico y desconsuelo mundano.

Yo soy Jairo y creo lo que dices, creo que mi hija se salvará, pero lloro desconsolado, porque mi dolor es más grande que mi fe.

Perdona, Señor. Soy los jirones que quedaron del Jairo de ese tiempo. Ahora es más la muchedumbre que te apretuja y te esconde y más la que se ríe cuando les digo: mi hija se salvará, Jesús lo dice.

Soy un Jairo perdido.

Señor: ¿Dónde te has ido?

Señor: tengo tantas deudas, estoy cesante, mis hijos enferman, perdí mi cosecha y el hambre acecha.

Soy Jairo, ¿Recuerdas?

Sé que vas a mi lado, pero tócame, porque me parece que te has alejado.

Soy sólo un pedazo de Jairo.

Un remedo.

Sin fe.

Perdón, Señor.

LA HEMORROISA.

Se encontraba allí una mujer que padecía desde hacía doce años de un derrame de sangre.....Como había oído lo que se decía de Jesús, se acercó por detrás,en medio de la gente, y le tocó el manto.. La mujer pensaba: “Si logro tocar aunque sea su ropa,sanaré.”

Mc 5, 25-28.

Entre el gentío, alguien tocó el fleco de tu capa, Señor. Era una mujer que desde hacía doce años tenía grandes hemorragias.

¿ Cómo pudiste darte cuenta que dicho contacto era diferente a aquellos producidos por la multitud que te apretaba y oprimía?

Soy la hemorroísa que cree que, a pesar de tus grandes preocupaciones: el gobierno del universo, los pétalos de una rosa; el mal carácter del trueno, el ala de una mariposa; la violencia de las tormentas, el sustento de un pajarillo; dirigir las galaxias o escuchar los pedidos de la multitud, me escuchas.

Y sabes que te he tocado.

Soy la hemorroísa, Señor, perdida entre la muchedumbre, que lucha por hallarte, para pedirte, para adorarte.

Anduve mucho tiempo tras de ti.

Toda mi existencia.

Y te encuentro.

La mujer había sufrido mucho en manos de varios médicos y gastado todo lo que tenía sin ningún resultado. Al contrario, cada vez estaba peor. Es lo que me pasaba, Señor, cada vez que recurría a otros buscando ayuda. Te ruego que me des la fuerza para yo poder servir sin preocuparme del cansancio, del qué dirán, de si mi ayuda es buena o no.

Te encontré.

Ello me basta para saber cómo se debe ser con los otros, pero te confieso que es difícil, que cansa y agobia. Por eso, cada vez que pueda, volveré a tocar el fleco de tu capa para que cesen mis temores, mis angustias, mi correr incesante, que son como hemorragias que debilitan tanto.

Soy la hemorroísa que oculta su mal y tiene miedo de contarlo. Sufro la soledad del silencio que impone sus cadenas sobre aquellos que lo sufren y andan tras de ti sin atreverse a tocarte, hasta que un día se atreven, se te acercan y huyen después, temerosos aún por tu infinita majestad.

Y posteriormente, cuando el temor se ha ido y las hemorragias del dolor se han retirado, me doy cuenta de que siempre debí estar a tu lado y no sólo tocarte, sino también abrazarte, aunque todos se rían de mi amor por ti, de mi "niñería" de seguirte por donde vayas, porque Tú eres el único y

verdadero médico; el que tiene el poder sobrenatural de sanación del cuerpo y del espíritu.

SIMON EL FARISEO, Y LA PECADORA.

Jesús dijo a Simón: ¿ Ves a esta mujer? Cuando yo entré a tu casa no me ofreciste agua para los pies; mientras que ella los mojó con sus lágrimas, y los secó con sus cabellos. Tú no me besaste al llegar; pero ella, desde que entró, no ha dejado de cubrirme los pies con sus besos. No me echaste aceite en la cabeza; ella, en cambio, derramó perfume en mis pies. Por eso te digo que sus pecados, sus numerosos pecados, le quedan perdonados, por el mucho amor que demostró. Pero aquel a quien se le perdona poco, demuestra poco amor”.

Lc 7, 44-47.

Aquí estoy, Señor, soy Simón.

Te recibí en mi casa y no te ofrecí agua para los pies. De pronto, entró esa mujer pecadora, lavó tus pies con sus lágrimas, los secó con sus cabellos, te los cubrió de besos y los ungió con perfume.

Cuando terminó la cena y ya todos se habían marchado, me quedé pensando en lo que me dijiste: “ por el mucho amor que demostró, le quedaron perdonados sus pecados. Pero al que se le perdona poco, demuestra poco amor”.

Yo tenía el aceite listo para ungirte, había apartado agua para tus pies y te habría dado el beso de bienvenida cuando llegaste a mi casa.

Pero ella era pecadora. Lo sé, porque he ido donde ofrece sus favores a los hombres. Por eso lo sé.

Yo creí que Tú no lo sabías.

Por cierto. Yo no soy pecador: ¿ Por qué tendría que pedir perdón?

Ya en el Templo, yo le había dicho al Todopoderoso que pagaba mis diezmos, que no robaba ni era injusto.

Y ahora, aquí, en el sosiego de la noche, dime, Señor, ¿ No es amar a Dios hacer todo eso? ¿ No es amar a Dios cumplir la ley, pagar los diezmos, no ser adúltero ni robar?

¿ Dónde pones la diferencia entre esa pecadora y yo?

Ella vive en fiestas, francachelas hasta la madrugada; jamás la he visto en el templo, tiene un lenguaje procaz, no trabaja como yo de sol a sol, y su pan sabe a lascivia. En cambio, el pan que compartí contigo en mi mesa, sabe a esfuerzo, a lágrimas de cansancio.

Es verdad, me dió vergüenza ofrecerte agua para los pies, no tuve el valor para ungirte y no se me ocurrió darte el beso de hospitalidad. ¿ Y por qué habría de hacerlo si andas con tanto indeseable? ¿ No fue suficiente ofrecerte mi cena?

Rezo cada día.

Más bien debiste haberme honrado reconociendo mi esfuerzo, mis valores. Mis amigos se habrían sentido orgullosos de mí y habrían seguido mi ejemplo. Sin embargo, guardaste silencio y me avergonzaste, en mi propia casa, al decirme que yo, como amaba poco se me perdonaba poco.

No tienes nada que reprocharme. Pago el salario justo a mis empleados. Si les alcanza o no para que coman, no es mi problema; bien sabes que se lo beben todo. Y si sus hijos enferman, ellos deberán comprarles sus medicinas. Yo les pagué lo justo. No veo por qué tendría que darles mis vestidos ni mi calzado. No les quedarían bien. Sus compañeros se reirían de ellos si los vieran tan elegantes.

Por otra parte, lo más probable es que los vendan para seguir bebiendo y nadie sabría que yo se los dí. Y eso no es justo. Es importante que sepan que yo también ayudo.

Mi puesto de jefe me lo gané por ser mejor. El que estaba antes era flojo, irresponsable, pendenciero, jugador. Y le hice una jugada maestra cuando logré hacer que pareciera ladrón.

Tengo mis ahorros para emprender mi peregrinación de gracias al Todopoderoso. ¿Cómo se los voy a entregar a los harapientos y haraganes que golpean a mi puerta para pedirme dinero para comer? ¿Por qué debería mantener a mis padres en esa gran casa que ocasiona tanto gasto? ¿No crees que es mejor llevarlos a una casa de reposo menos onerosa, vender esa casa donde habitan, y con los intereses pagarles su pensión?

Pero, tengo cosas que no son buenas. Y me has dado una lección.

Si.

Adán, no supo de arrepentimiento, porque el pecado suyo fue de soberbia. No pidió perdón.

Y, de acuerdo, yo parezco Adán. Acabo de comprender que estoy parado con soberbia frente a Dios, presentándole sólo lo bueno que he hecho, pero olvidando lo omitido y la carga de comprensión o de amor, como Tú dices, Maestro, de la que es preciso disponer cuando uno recuerda los Mandamientos.

Igual que Adán, entiendo que he acusado siempre al otro: no reza, yo sí; él roba, yo no.

Adán acusó a su mujer, la indicó con el dedo.

Igual que yo, a la mujer que te demostró su amor, con sus lágrimas y su silencio.

Entiendo, Señor: más me hubiera valido no juzgar, guardar silencio respetuoso frente a ella y no mirar su pecado para que Tú apartes tu mirada del mío.

“ Misericordia quiero y no sacrificios”, dijiste.

Pero me cuesta ser misericordioso. Vivo encontrando lo malo de los otros, indicándoles con mi dedo acusador.

Y critico a todos.

Mi lengua se suelta y se goza en la maledicencia.

Tienes mucho que perdonarme, Señor. El problema , es que no me alcanza el amor para pedirte todo el perdón que necesito ni la humildad para aceptar a los otros como Tú los aceptas.

Vuelve, Señor, a mi casa. Te lavaré los pies, también yo, con mis lágrimas y perfumaré tu cuerpo con mi oración.

Vuelve.

Tienes mucho que perdonarme.

LA MUJER PECADORA.

Un fariseo había invitado a Jesús a comer. Entró en casa del fariseo y se acostó en el sofá según la costumbre. En ese pueblo había una mujer conocida como pecadora. Esta, al enterarse de que Jesús estaba comiendo en casa del fariseo, compró un vaso de perfume y, entrando, se puso de pie detrás de Jesús. Allí se puso a llorar junto a sus pies, los secó con sus cabellos, se los cubrió de besos y se los ungió con el perfume..

Lc 7, 36-38.

Yo soy también la mujer pecadora.

Cuando te conocí, Señor, empecé a seguirte doquiera fueras; escuché tus palabras y se conmovió mi corazón con la ternura de tu misericordia, con la delicadeza de tu acogida.

De pequeña, Señor, me entregó mi madre para que cumpliendo ocultos deseos de otros le hiciera, yo, ganar dinero. Y me llegó, después, un hijo al que no tenía con qué alimentar, y a mi madre ya vieja, no quise abandonarla a su propia miseria.

Si. Es cierto, Señor. Yo busqué un trabajo con el cual ganar un pan limpio, pero todos los que yo conocía se burlaron de mi y me dieron la espalda. E hice lo único que otros me dejaron hacer, por la noche, mientras de día me iba a hurgar entre los desperdicios. Necesitaba, Señor, dinero para el colegio de mi niño y los remedios de mi madre, para el sustento, para el abrigo.

Todos se apartaban de mí y me señalaban en la calle en el día.

Todos me arrojaban sus alientos pestilentes por la noche.

Los cuadernos de mi niño tienen el sudor de mi angustia y los medicamentos de mi madre son lágrimas de mi alma amortajada por la vileza y la cobardía.

Primero por la mía, mi Dios, porque así lo entendí cuando te oí decir Abba, papito querido, al Señor de lo alto.

Y compré, con dinero de dolor, un frasco de perfume para ti, y lloré a tus pies mis pecados. Y con los largos cabellos de mi arrepentimiento envolví tus plantas para pedir perdón.

Hubiera querido ser como Simón, el fariseo, para haberte agasajado con la cena de la alegría del encuentro, pero, ya ves, sólo me alcanzó para decirte: te amo; como a Abba: el papá querido.

Te voy siguiendo desde lejos, Señor, para no avergonzarte con mi cercanía, para que no digan que andas con pecadores, con mujeres de comportamiento dudoso, con ociosos. Y guardo con dulzura el frasco de perfume que tus pies tocaron.

Es como llevarte siempre conmigo.

LEPROSOS.

Al entrar Jesús a un pueblo, diez hombres leprosos le salieron al encuentro. Se quedaron a cierta distancia y gritaron: “Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros”. Jesús les dijo : “ Vayan a presentarse a los sacerdotes.” Mientras iban, quedaron sanos. Uno de ellos, al verse sano, volvió de inmediato.... Jesús entonces preguntó : “ ¿No sanaron los diez ?” ¿Dónde están los otros nueve?”
Lc 17,11-17.

Soy el leproso que iba en un grupo de diez.
Ibamos todos con nuestras úlceras tapadas con los harapos del engaño.

Ibamos todos por los caminos de la vida, ocultando nuestra lepra. Toda la lepra de tanto pecado, las úlceras de la molicie, las llagas del éxito, la lacra de la fama fácil.

También a ti, mi Dios, quise ocultarte tanto desatino, tanta miseria, pero me encontré contigo en el camino y a mi sola voz y a mi callado llanto, acudiste sin preguntarme cosa alguna y sanaste mi vergüenza.

Contento de estar limpio, olvidé darte las gracias. Se sanó mi hijo, ya encontré trabajo, mejoré de mi dolor crónico, gané unos pesos; todas mis úlceras fueron curadas.

No volví a darte las gracias.

No quiero tener un corazón frío. Mueve mis labios para alabarte; encamina mis pies para encontrarte y abre mi alma para ensalzarte.

Soy el leproso que iba en un grupo de diez.

Y te grito, de nuevo, con la misma angustia: “ Jesús, Maestro, ten compasión de mí”.

LA VIUDA Y SU OFRENDA.

*Jesús, sentado frente a las alcancías del Templo, miraba cómo la gente echaba dinero para el tesoro. Los ricos daban grandes limosnas.. Pero también llegó una viuda pobre y echó dos moneditas de muy poco valor. Jesús, entonces ,llamó la atención de sus discípulos y les dijo: “ Les aseguro que esta viuda pobre ha dado más que todos ellos. Pues todos han echado dinero que les sobraba; ella, en cambio, ha dado lo que había reunido con sus privaciones, eso mismo que necesitaba para vivir”.
Mc 13, 41-44.*

¿ Recuerdas, Señor, cuando mirabas cómo la gente echaba dinero para el tesoro del Templo?

Llegó una viuda que echó dos moneditas de muy poco valor. Pero era lo único que tenía. Era lo que había reunido con sus privaciones, era lo que necesitaba para vivir.

A veces, Señor, soy como la viuda de este pasaje de la vida. Me sacrifico, junto esfuerzo y renunciás; seco las lágrimas de otros, aconsejo al que lo pide con menoscabo de mi descanso, acudo a visitar al preso, remiendo los harapos del mendigo. Pero, me duele.

No ha dejado de dolerme jamás.

La pobre mujer que mirabas silencioso, quizá cuánto dolor sufrió para juntar la ofrenda.

A mí, por lo general, no me cuesta nada.

Se me pegan las monedas en mis bolsillos, y no ayudo; se me seca la palabra para dar aliento a los otros, y no consuelo; aprieto el puño para no perder las monedas de la comprensión hacia los necesitados de amparo, y no protejo; y dilapido las horas que me regalas: las junta el viento de la holganza y las apiña como nubes en el cielo del placer, para dejarlas caer después, como gruesos goterones de indolencia.

No quiero darte de lo que me sobra.

Quiero, igual que la viuda, buscar entre lo que no tengo, conseguir aquello que cuesta y dártelo, con la mano abierta y el corazón desprendido.

Señor, voy a darte mis dos moneditas de misericordia con otros, dos moneditas de palabras afables al triste, dos moneditas de pan al hambriento.

Y dos moneditas de oración cada noche, para decirte: te adoro, mi Dios.

El soldado que azotó a Jesús.

La turba:

¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!

El soldado que hirió al Señor en un costado.

*Pilato preguntó : “¿Quieren que ponga en libertad al rey de los judíos?”
Pero ellos incitaron al pueblo para que pidiera la libertad de Barrabás. Pilato
les dijo : “¿Qué hago con el que ustedes llaman rey de los judíos?” El
pueblo gritó de nuevo : ¡” Crucifícalo!”
Mc 15, 9-12.*

Yo soy, Señor.

Para qué me engaño.

Soy la turba que grita y vocifera contra todo: voy como amorfa masa de crueldad persiguiendo al triunfo y pisoteo inclemente al débil; soy un lancero que te hiere con el denuesto y la murmuración; soy el que te azota en el hambre de los niños y en la guerra; soy el que te abofeteó en el pobre al que robé con astucia.

Cuando grité: ¡Crucifícalo! , tu silencio y tu mirada compasiva me conmovieron; pero igual, azuzado por el orgullo de alcanzar una ganancia a mi sedienta ambición de logros, te herí en el costado.

Tu mirada, ya opacada por la pena, atravesó la carne flaca de mi necesidad. Cuando el relámpago rasgó la oscuridad en que se sumió esa tarde de tu muerte, y el trueno gritó desgarradoramente, se hizo manifiesta mi locura. Y corrí a limpiar mis manos y a quebrar mi lanza.

El viento ya había sellado mis labios con su queja.

He corrido, desde esa tarde, veinte siglos.

De mil maneras he vuelto a gritar que te crucifiquen, porque me molesta tu bondad, me rebela tu pedido. Impongo silencio a cualquiera que te nombre en la calle, en el cine, en los medios de comunicación, en los claustros universitarios. He llegado a convencer a muchos de que es importante, inteligente y conveniente, separarte de la vida cotidiana, del trabajo, del dolor, y dejarte sólo en el templo, para visitarte un ratito los domingos.

A veces he dejado de lado mi lanza.

Paso un tiempo sin usarla.

Sin embargo, vuelvo a vociferar como la turba aquella. Y blando contra tu costado mi lanza, esperando que te bajes, que me abrasces y me digas que allí estás, que me quieras a pesar de mi bajeza, que existes, que no te ha dolido mi infamia.

Y lloro, sin consuelo.

Estoy solo, Señor.

Me he quedado solo, contigo y con mi lanza. Tú sin una queja, sin un reproche.

Yo, sollozando en la noche.

Espera, Señor. Ya romperé mi lanza.

Ten paciencia, tu misericordia cae sobre mi y me quedaré a tu lado, porque quiero acompañarte.

Te traeré, como lo pediste, el corazón dispuesto a la acogida, a olvidar antiguas rencillas, a comprender al adversario. Te traeré vestidos a los desnudos y saciados a los hambrientos.

Porque estoy de ti, sediento.

BARRABAS.

En cada fiesta de Pascua, Pilato ponía en libertad a un preso, a elección del pueblo. Uno, llamado Barrabás, había sido encarcelado con otros revoltosos que, en un motín, habían causado muerte de personas.. Mc 15, 6-8.

La muchedumbre grita a más no poder: ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!
¡Queremos a Barrabás. Suéltanos a Barrabás!
Soy Barrabás y pasa por mi mente un sin fin de pensamientos. ¿ Serán mis amigos que quieren liberarme?

Allí vienen los guardias.

¿ Dónde me llevarán?

Me empujan hacia tu lado.

Allí estás, manso, con una dulce mirada.

La muchedumbre sigue gritando.

¡ Y quieren que me suelten a cambio de ti!

Has defraudado a muchos, que esperaban que los liberases del yugo romano. Pero Tú les dijiste que pusieran la otra mejilla. En cambio, yo, les enseñé a luchar, matar, robar, para defenderse del opresor.

Me han liberado ya. Y Tú estás condenado.

Yo soy Barrabás.

Cada día que ha pasado desde el instante en que nos presentaron a la multitud, no he dejado de pensar en ti.

No me dijiste ni una palabra; sólo me miraste.

No he olvidado tu mirada.

Vivo escondiendo mi miseria, lucho contra el opresor, robo, miento.

Y allí estás. Tu pupila en la mía. Tu mirada en mi corazón.

Te seguí, ocultándome, hasta el calvario.

Oí el trueno y el aullido del viento cuando cayó tu cabeza sin vida ya, sobre tu pecho apretado por el ahogo de una muerte tan cruel.

Era mi muerte y la aceptaste por mí.

Y me quedé por allí, esperando no sé qué.

Soy Barrabás. Luchaba con mis armas, creía en el poder. Añoraba liberar a mi pueblo. Tenía la ilusión del consuelo en la lucha.

Pero, al verte tan dulce, al recordar tu mansedumbre, al ver que eras capaz de poner Tú mismo la otra mejilla, probé un día imitarte.

Y duele. Cierto.

Pero el corazón está más contento.

Cuesta. Es verdad.

Sin embargo, hay alegría por el otro.

Jesús, soy Barrabás. No quería, yo, que murieras por mí.

¿ Quién soy para que hubieras hecho eso?

De todas formas, he terminado por aceptarlo, y he pensado que si tu vida iba a ser así, suave con todos, comprensivo, misericordioso, yo podría pagar con los mismos gestos el rescate que por mí pagaste.

A veces, el Barrabás que conociste, el ladrón, jugador, irresponsable, holgazán, mentiroso, pendenciero, se sale a borbotones por mis manos o me inunda la boca con el gusto amargo del pecado. A veces, se escapa el Barrabás que llevo en la mirada y arrasa con las buenas intenciones. A veces, rumio venganza y odios, y urdo provocar dolor.

A veces.

Sólo a veces se me sale el Barrabás.

Entonces, cuando recuerdo tu mirada, me voy cerca del calvario y te grito:

¡Señor, Jesús, te necesito!

JOSE DE ARIMATEA.

Había caído la tarde y, como era la víspera del sábado, alguien tuvo la valentía de ir donde Pilato y pedirle el cuerpo de Jesús.

Era José, del pueblo de Arimatea, miembro respetable del Consejo Supremo, que esperaba también el Reino de Dios.....José bajó el cuerpo de la cruz y lo envolvió en una sábana que había comprado. Mc 16, 42-46.

Yo soy también, José de Arimatea, que esperé a Pilato para pedir tu cuerpo y enterrarlo en un sepulcro nuevo.

Te escuché muchas veces, escondido entre las gentes que te seguían; aprendí a esperar el Reino de Dios, supe lo que era la caridad, entendí eso de volver a ser niño y te defendí en el seno del Consejo Supremo.

Tal vez te defendí a medias, igual que ahora, en que en cualquier “ Consejo “ en que esté, soy primero hombre, profesional, político, comerciante o ministro, pero no mezclo eso con el seguir tus enseñanzas. Estas son para mientras estoy en el templo.

Tu muerte remeció mi alma y decidí ir donde Pilato.

Junté toda mi valentía.

Había llegado el momento de reconocer que, sin haber sido un discípulo tuyo, ahora lo era. En tu cuerpo sin vida se despertó mi alma, se escondió el letrado y apareció, por fin, el niño que pediste en tus discursos y parábolas. Y con la inocencia de este niño, te acuné, ya muerto, en mi regazo, y te acaricié, silencioso, cuando yacías en brazos de María, tu madre.

Lloré con ella.

Mientras te tuve cerca, te dejé ir; ahora te extraño.

Mientras te escuchaba, no siempre fui convencido; ahora creo que eres el camino al Padre.

¡ Y cómo me gustaría que lo hubiésemos conversado!

Te compré un sudario y preparé perfumes.

¡ Cómo hubiese querido descansar mi cabeza en tu pecho!

Y ahora, no sé cuánto deberé esperar para abrazarte. Pero sí sé, que viviré como dijiste; tendré la coherencia que exigiste. O estoy contigo o estoy contra ti y eso va por toda actividad que yo tenga. No volveré a ser un José de Arimatea en el Templo y otro en los “Consejos”.

EL HIJO PRÓDIGO.

Jesús puso otro ejemplo :“Un hombre tenía dos hijos. El menor dijo a su padre :“Padre,dame la parte de la propiedad que me corresponde. Y el padre la repartió entre ellos.Pocos días después, el hijo menor reunió todo lo que tenía,partió a un lugar lejano y, allí, malgastó su dinero en una vida desordenada.Cuando lo gastó todo,sobrevino en esa región una escasez grande y comenzó a pasar necesidad. Entonces fue a buscar trabajo y se puso al servicio de un habitante de ese lugar que lo envió a sus campos a cuidar cerdos. Hubiera deseado llenarse el estómago con la comida que daban a los cerdos, pero nadie le daba nada. Fue entonces cuando entró en sí:....Volveré a mi padre y le diré : Padre, pequé contra Dios y contra ti ; ya no merezco llamarme hijo tuyo, trátame como a uno de tus siervos..Partió, pues, de vuelta donde su padre.. Cuando todavía estaba lejos,su padre lo vio y sintió compasión, corrió a echarse a su cuello y lo abrazó. Entonces el hijo le habló : “Padre, pequé

contra Dios y contra ti ; ya no merezco llamarme hijo tuyo.” Pero el padre dijo a sus servidores : “Rápido, tráiganle la mejor ropa y póngansela, colóquenle un anillo en el dedo y zapatos en los pies comamos y alegrémonos, porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y lo he encontrado.” Lc 15,11-24.

Aquí estoy, Padre.

Para irme.

Para volver.

Cuántas veces no me he ido, desoyendo tu consejo, pisoteando tu cariño.

Cambiando tu amor por comida de cerdos, por algarrobas de añoranza.

Canjeando tus cuidados por el hambre de ambición desmedida; por yacer con la fama.

Por la risa vacía.

Por nada.

Muchas veces he dejado tu casa. La he permutado por el sitio eriazo del orgullo.

Cada vez que me alejé de ti, se me juntaron por el camino de la farándula, muchos amigos; palmadas en los hombros, palabras sedosas, monedas cantarinas para pagar menudencias.

Cuando los bolsillos de mi traje se vaciaron del tintineo del dinero y se rompieron mis zapatos de fiestas; cuando se arrugó mi alma con tanta oquedad y desilusión, y mis ojos vieron la soledad de la pobreza; cuando comí pan de llanto y me vistieron con los andrajos del dolor, comencé a volver.

Pensé en lo que iba a decirte: “Padre mío, he pecado contra el cielo y contra ti”.

No sabía, Señor, que lo repetiría veinte siglos, setenta veces siete.

No sabía.

Cuando lo recuerdo, se me llena de congoja el alma y vuelvo a llorar el tanto desamor con que he pagado tus desvelos, tu misericordia, tu ternura, la paciente espera.

Te veo en el camino, esperándome.

Adivino tu corazón triste.

Y mientras vuelvo, lloro.

No tengo más que decirte.

Sólo, perdón.

¿ Y cuándo aprenderé, mi Dios?

Vuelvo a recorrer con la mirada y el deseo todas las vitrinas del mundo, vuelvo a anhelar el poder y el abalorio; quiero seguir en interminable jolgorio, mientras sé que me esperas.

No quiero seguir así.

Cámbiame el corazón.

Vuelvo a pedir tu perdón.

MERCADERES DEL TEMPLO.

Entró después Jesús al Templo y comenzó a expulsar a los que ahí hacían negocios. Les declaró : “ Dios dice en la Escritura : Mi casa será casa de oración. Pero ustedes la han convertido en refugio de ladrones”. Lc, 20 45-46.

Soy uno de los mercaderes del Templo.

Coloqué mi puesto a la entrada de tu casa y comencé a vender sin pensar que allí me aguardabas.

Cuando llegué con mis productos, ni siquiera me asomé a saludarte. Armé una mesa, coloqué los artículos que iba a comerciar y empecé a gritar sus diferentes precios.

Usé tu casa para trueques, compra y venta, según la ley del sanedrín.

No se me ocurrió siquiera que debería preguntarte al menos, si me permitirías ocupar la entrada de tu casa para convertirla en una feria, en una cueva de ladrones.

Tú, en el tabernáculo.

Yo, riendo afuera.

Engañando.

Tú, esperando al menos una plegaria, un saludo, un recuerdo fugaz, una palabra.

Yo, en mis cosas, excluyéndote de mi vida.

Aprendí que soy un Templo, el Templo de tu amor.

Y te he dejado solo, mientras grito mercancías y me afano en simplezas.

Vendo apariencias de ser bueno; vendo mentiras y engaños. Vendo el tiempo que debiera dedicar a la oración. Vendo tu nombre cuando a alguien deshonor; vendo el pajarillo de la inocencia de un niño y vendo la esperanza de un desvalido.

Compro grandeza, notoriedad, renombre; compro dominio, celebridad y fama, y pago con el cuaderno que me diste escrito con tu sangre.

Comercio con los principales y poderosos, con los letrados, con los doctos y sagaces y no oigo como gritan los pequeños: “ ¡ Viva el hijo de David! “

Estoy sordo, Señor.

Mientras los pequeños te alaban, yo guardo silencio.

Lo peor, sin embargo, Señor, es que te he confundido con un almacenero. Te pido esto y te pago con una oración. Te pido lo otro y te pago con un sacrificio.

He olvidado, entre tanto trueque, que es tu amor lo que permite que sucedan las cosas y que, en vez de pedirte cambios, acepte tu Santa Voluntad, porque es para mi bien lo que me suceda, aunque yo crea lo contrario, o no lo entienda ahora.

Me he olvidado de decirte: Sí, Señor.

Voy a destruir mi puesto de cambista y me haré un niño.

Siendo niño, no me importará el trueque ni la venta ni la compra. Tendré tiempo para asomarme a la puerta de tu casa y decirte que te quiero.

E iré a golpear muy suave el tabernáculo del templo y te diré, Abba, papito querido, aquí estoy, no me he perdido entre la gente, he vuelto a saludarte, no me he ido.

¿ Para qué cambiar monedas si tengo en mi alma tu tesoro?

¿ Para qué comprar la fama si llevando en mi pecho tu cariño soy plenamente feliz?

EL JOVEN RICO.

El joven le dijo a Jesús : “ He guardado todos esos mandamientos, ¿ qué más me falta?” Jesús le dijo : “ Si quieres llegar a la perfección, anda a vender todo lo que posees y dáselo a los pobres. Así tendrás un tesoro en el cielo, y luego vuelves y me sigues.” Cuando el joven oyó esta respuesta, se fue triste, porque era muy rico. Mt 19,20-22.

Soy el joven rico.

Yo, Señor, soy de los ricos que no usan su tiempo para ganar dinero; el dinero viene a mí, sin que yo trabaje.

Te seguí mucho tiempo y comprobé que cumplo los mandatos de la ley. Creyendo que ello era suficiente, me atreví a acercarme a ti para preguntarte qué es lo que yo debería hacer para heredar la vida eterna.

Fácil me ha sido no ser pecador, pero me has contestado algo que me dejó perplejo: "Si quieres llegar a la perfección, anda a vender todo lo que posees y dáselo a los pobres. Así tendrás un tesoro en el Cielo, y luego vuelves y me sigues".

No te contesté cosa alguna. Me fuí cavilando.

Vender todo y darlo a los pobres.

¿ Y quedarme sin nada y después seguirte?

Me da miedo, Señor, vender todo. Las cosas, el dinero, mis haciendas.

¿ Y si no eres el Hijo de Dios?

¿ Y si lo eres?

Dar todo.

No es simple, Señor.

¿ Con qué comeré?

¿ Con qué me vestiré?

¿ Dónde viviré?

Hablaste de los lirios del campo; dijiste que Dios los vestía mejor que al mismo Salomón. Hablaste de las aves del cielo que no siegan ni tienen graneros, pero que tu Padre que está en los cielos las alimenta.

He pensado en los lirios. Allí están, de pié, ofreciendo al viajero sus flores y aromas, sin reclamar a cambio. No se quejan del exceso de sol o de la falta de lluvia. Dejan que las abejas liben el néctar de sus corolas sin pedirles

nada; y cuando van muriendo, por el paso del tiempo, dejan caer sus pétalos para adornar el suelo.

He pensado en las aves del cielo. Alegran con su trinar, limpian de las plagas a los árboles y alegran y acompañan al hombre desde el amanecer al anochecer. Los lirios y las aves dependen y esperan todo de ti. En otras palabras, son pobres. Viven de tu misericordia.

Yo, en cambio, vivo de lo que garantiza mi seguridad: de mi esfuerzo, de mi trabajo.

¿Y qué diran mis hijos o mi mujer si vendo todo?

Que me he vuelto loco. Eso dirán.

Señor: no puedo vender todo lo que tengo y dárselo a los pobres, porque me dirán loco.

No puedo dar todo lo que poseo, porque me quedaré sin nada y no podré sostenerme.

No puedo dar todo lo que tengo, porque no tengo fe.

Acabo de entenderlo.

Dame un poco de fe para confiar en que soy, para ti, más que un lirio, más que una avecilla.

ZAQUEO.

Habiendo entrado en Jericó, atravesaba la ciudad. Había un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos, y rico. Trataba de ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la gente, porque era de pequeña estatura. Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verle, pues iba a pasar por allí. Y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista, le dijo: «Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa». Se apresuró a bajar y le recibió con alegría. Al verlo, todos murmuraban diciendo: «Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador». Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: «Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo». Jesús le dijo: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también éste es hijo

*de Abraham, pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido».***Del santo Evangelio según san Lucas 19, 1-10**

Zaqueo viene del griego: Zakjáios; y del hebreo : Zakkay, "sin tacha [puro, justo]").

Leyendo y reflexionando en este relato evangélico, es necesario, dado que esta Buena Nueva es para toda persona y en toda época, que uno mismo se ubique en ese tiempo en que vivía Zaqueo y también en el tiempo actual; total, son dos instantes de la eternidad en la cual el pretérito, lo coetáneo y la posteridad están permanentemente presentes.

Zaqueo era recaudador de impuestos, personaje odiado y despreciado por sus congéneres, principalmente por ser servidor de Roma, cosa que era considerada casi una traición. Probablemente Zaqueo, como jefe de los publicanos, ganaba grandes cantidades de dinero con este cargo de recaudador, y por dicha razón se lo consideraba rico : rico y despreciable.

Para Zaqueo debe haber sido difícil vivir así, sintiendo el peso del odio o el miedo a ser estafado o desvalijado o experimentando con frecuencia aprensión frente a aquellos que acudían a solicitarle préstamos que se

comprometían a pagar con intereses que, después, por su crecido valor les resultaba imposible servir la deuda.

De alguna manera, el rico va habituándose a considerar que su modo de vida entre manjares, joyas y otros placeres es como debe ser, y a encallecer el sentimiento respecto de los que tienen menos. Es como si la miseria fuera un molesto hecho del que no tienen culpa.

Ricos y pobres, una ecuación de asimetría vital que asegura al primero un pasar por la vida sin graves sobresaltos, creyendo que por sí mismo se forjó con su propio esfuerzo tal condición y que, por lo tanto, se la merece. Aquí está a mi modo de ver

el núcleo de lo que es ser rico: vivir pensando que todo lo que le pertenece es obra de sí mismo.

Pobre, en cambio, es el que tiene vacía el alma para estar atento a esperar de Dios y reconocer que de El es que ha recibido todo en calidad de préstamo.

No es fácil conocer la personalidad de Zaqueo por lo que dice el Evangelio acerca de él o a partir de la descripción que hace de las declaraciones de este cuando Jesús lo va a visitar.

“ *Era jefe de publicanos, y rico.* Ser jefe y más encima rico, no es fácil. Cuando se es superior jerárquico siempre anda rondando por allí, en un rincón del alma, la altivez; y si se junta a esta con la sensación de autosuficiencia que acompaña a la riqueza, la asociación de ambas tiende a fracturar la misericordia, la comprensión, la indulgencia y el discernimiento. Es por ello que Zaqueo debe haber hecho un supremo esfuerzo por vencerse a sí mismo, humillarse públicamente al subir al árbol que le permitiría alcanzar la altura necesaria desde la cual mirar a Jesús, y reconocer su baja estatura en comparación con sus congéneres.

Cuando se tiene un cargo directivo importante y de liderazgo, la aureola luminosa y enceguedora del poder acompaña cada paso del que detenta

esa condición. Es luminosa, porque se ve en los actos, en la conducta y en los ademanes del jefe; se aprecia en su acento, en la forma de dirigirse a sus subordinados e, incluso, en lo ostentoso y petulante.

Trataba de ver a Jesús, dice el evangelista.

Probablemente, en su interior, quería cerciorarse por sí mismo acerca de quién era Jesús y comprobar cuánto de cierto era lo que se decía de El. En el alma del hombre siempre está el niño que tiene la inquietud por lo misterioso. Jesús, para Zaqueo, era un misterio : resucitaba muertos, los cojos caminaban, los ciegos veían y los sordos oían, Y, además, habría escuchado que perdonaba los pecados.

En el interior del hombre está la ley natural, esa vocecilla que le advierte acerca de lo bueno y lo malo de sus actos y que simplemente le conmina a hacer el bien y evitar el mal. Sin lugar a dudas el actuar de Zaqueo como recaudador de impuestos de alguna manera lo inquietaba. De hecho debe haber tenido clara conciencia del despojo del que debe haber hecho víctima a algunas personas, de la falta de conmiseración en la que pudo haber incurrido cuando alguien le rogó que le perdonara la deuda; de las humillaciones que hizo sufrir a las personas que estaban obligadas a pagarle, y por diversas razones no lo hicieron. Lo cierto es que de alguna manera, su conciencia lo acusaba de faltas graves que hicieron nido en su espíritu y lograron incomodarlo haciéndole sentir que estaba procediendo mal. El ser humano no puede liberarse de la ley natural y del juicio que emerge desde su interior cuando la transgrede. Se puede ir y venir por la vida con ese lastre, pero, a medida que pasan los años el peso de las culpas se va convirtiendo en un impedimento para la propia felicidad; a medida que se alcanza más edad, el tiempo va iluminando el pasado y el presente con una intensidad tal, que hasta los rincones más secretos del alma se van ponderando con la llama resplandeciente de la divinidad que el hombre aloja en su ser desde el nacimiento. Este numen, por lo tanto, se

constituye en protector de aquellos que fueron deshonrados y oprimidos por el actuar del transgresor en el presente y el pasado, al mismo tiempo que a este lo convierte en acusado.

Zaqueo, por lo tanto, en su fuero más íntimo debe haber sentido piedad hacia aquellos que esquilmó y explotó y remordimiento, pesadumbre y melancolía por su accionar. La persona de Jesús, maestro y guía de la muchedumbre que lo aguardaba, representaba para él, la posibilidad de ser, al menos, comprendido.

El perpetrar y consumir actos reñidos con la ley natural va ensombreciendo la vida del que no hace el bien; la penumbra del pesar lo pone en la clandestinidad y se va autoexiliando hasta ser presa del desamparo que, a su vez, viste al pecador con la capa de la añoranza y la tristeza.

Preso de este sentimiento, Zaqueo *“Trataba de ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la gente, porque era de pequeña estatura”* dice el evangelista.

La añoranza de lo bueno puede haber sido, también, el sentir de Adán cuando se encontró fuera del paraíso, como Zaqueo cuando se dio cuenta de que su proceder no le era satisfactorio moralmente.

Esa nostalgia necesita consuelo.

Zaqueo, probablemente, no tenía a quien confiar esta aprensión, y en su corazón puede haber acunado la creencia de que Jesús lo pudiera ayudar.

Cuando el ser humano enferma y el miedo a la enfermedad lo acorrala tras las bambalinas de la existencia sacándolo del alboroto del escenario de la vida ; cuando la carne doliente tiembla y busca mitigar el dolor; cuando comienza a aparecer el flagelo de la desesperanza, el ser humano vuelca su mirada a su interior, y allí encuentra los vehementes deseos de curación, la ilusión de diferentes instancias medicinales, y, algún día, esperando a la puerta del alma, como el mendigo aguarda una limosna,

descubre a Dios. El enfermo, al hacer conciencia de esto, no titubea en mostrar sus ideas religiosas; ha vencido el apocamiento y el bochorno que, estando sano, le provocaba que lo vieran relacionándose con la divinidad; como los niños que, a cierta edad, no quieren que sus amigos y condiscípulos los vean acompañados de sus padres.

El alma de Zaqueo, acongojada por el quebranto de la ley natural, buscó el consuelo y creyó que este podría hallarlo en Jesús. Cuando se dio cuenta de esto, cayó en la cuenta de que *“no podía a causa de la gente, porque era de pequeña estatura”*.

¿Qué representa “la gente” en este pasaje evangélico?

Escenifica la muchedumbre, que puede ser de personas, pero también puede significar multitud de problemas, aglomeración de circunstancias de cualquiera índole.

¿Cuál es la “estatura” de un hombre? La respuesta fácil es la cantidad de centímetros que tiene su altura; sin embargo, la estatura se mide también por el accionar en la vida. Un gran hombre puede serlo porque es bueno, servicial, valiente, etc. y uno pequeño por ser egoísta, cobarde, poco honesto. Lo probable es que Zaqueo fuera de estatura pequeña por su altura en centímetros y, por los antecedentes que se dan de él en relación a su posición social, fuera también pequeño, despreciable.

Cuando se da a esta lectura una especial reflexión y se cavila seriamente en la estatura del hombre, habría que convenir que la talla en centímetros es diversa y esta se debe a variaciones por razones raciales, familiares, alimenticias; pero la talla en centímetros de comportamiento, de moral, de carácter o de valores humanos es muy baja y tiene pocas variaciones, porque el ser humano exhibe astucia, usa la mentira, ejerce el aprovechamiento, echa mano frecuentemente de la molicie y el robo material y moral frecuentemente.

Así es que, seguramente Zaqueo era de estatura parecida a la común en el lado valórico, y pequeña en centímetros.

Al hacer conciencia de esto, no poder ver a Jesús por su baja estatura, tuvo que buscar cómo hallarlo. Para ello vino en su ayuda un árbol, el sicómoro.

En otras palabras, Zaqueo *“se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verle, pues iba a pasar por allí.”*

Un jefe de publicanos, un hombre muy rico, probablemente orgulloso y soberbio como Zaqueo, decidió dejar de lado sus propios ripios, sus preocupaciones; se resolvió a pasar por sobre la muchedumbre de sus pecados y venciendo todo respeto humano, sabiendo incluso lo ridículo que para la gente era que se subiera a un árbol, cumplió este cometido: venció el respeto humano.

El respeto humano es una forma de conducta en la que no se busca la verdad según el dictamen de la conciencia, sino que la persona se deja llevar por la preocupación de cómo otros reaccionarán, y , en vez de buscar la justicia se pretende aplacar los injustos intereses de los hombres.

Misterio profundo es esta acción de Zaqueo el cual obedeció el llamado de Dios, ese susurro que musita en el alma, como si no se atreviera a producir sobresalto ni desvelo. Zaqueo, con toda seguridad oyó el murmullo de Dios y, con el uso de su libertad, deshaciéndose de las trabas que su condición le imponía y venciendo el respeto humano, se subió al sicómoro.

De cara a la eternidad, el Jefe de Publicanos cumplió con aquello que está escrito en el evangelio de San Mateo: *“Por todo aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos; pero a quien me niegue ante los hombres, le negaré yo también ante mi Padre que está en los cielos.”* Mateo 10, 32-33. Y del mismo modo, frente a la eternidad, Zaqueo venció al respeto humano que es, al decir del Santo Cura de Ars, la primera tentación que el demonio presenta a una persona que ha comenzado a servir mejor a Dios.

En Jericó había sicómoros. Pedacio Dioscórides Anazarbeo, un médico de la antigua Grecia describe el sicómoro en *Acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos*, Amberes, 1555, digitalizado en la Biblioteca Digital Hispánica de la Biblioteca Nacional de España. Dioscórides dice así : ***Se llama asimismo sicómoro su fruto por ser desabrido al gusto. Es un árbol alto, semejante a una [higuera](#), muy provisto de zumo y parecido al [moral](#) por sus hojas. Produce fruto tres o cuatro veces al año, no de los ramos, como en el caso de la higuera silvestre, sino del tronco: su fruto es semejante al de la higuera silvestre, más dulce que el higo silvestre y no tiene grana dentro... Se da muchísimo en [Caria](#), en [Rodas](#) y otros lugares que no son ricos en grano. Se extrae zumo del árbol antes de producir el fruto, en primavera, a base de machacar superficialmente la corteza con una piedra... Se recoge la lágrima con una esponja o un trozo de lana y una vez seco y moldeado en pastillas, se almacena en un recipiente de barro cocido... El zumo tiene virtud molificativa, cicatrizante de heridas sudorífico de cosas de digestión difícil. Se bebe y se aplica como ungüento contra la mordedura de serpientes, el endurecimiento del bazo, los dolores de estómago y los escalofríos; el zumo se carcome rápidamente... Se produce también en [Chipre](#) un sicómoro de diferente especie, pues sus hojas se parecen a las del [olmo](#). Produce un fruto del tamaño de las ciruelas, aunque más dulce. En todo lo demás, es semejante a lo que se ha dicho***".

Zaqueo se subió a un sicómoro, probablemente no había otros árboles por allí que fueran más fáciles de trepar; es que el sicómoro es como el ser humano: los frutos son un tanto desabridos, y da "zumo" cuando lo machaca el dolor y este zumo es una lágrima que puede llenar su propia copa de misericordia y mitigar en sus congéneres la miseria. No, Zaqueo se subió al sicómoro que en un signo de acogida, le ofreció en sus ramas el alero que la muchedumbre, por odiosidad, le negó. Y en brazos de este árbol, por

encima del qué dirán, con una talla de humildad casi infinita y con una sed insaciable de Dios, alzándose por sobre su propia pequeñez humana, vio a Jesús.

El encuentro con Jesús es siempre portentoso, sorprendente y asombroso; el alma al vivir esta cercanía, funde en el yunque del amor la hojalata de nuestros escombros y la hojarasca de nuestra fragilidad.

Pedro, el apóstol Pedro, negó a Jesús la noche que lo aprehendieron.

Y lo negó tres veces.

Al cabo de estas, y tal como ya se lo había anunciado el mismo Jesús, cantó el gallo.

Se acordó, Pedro, de las palabras de su maestro y miró hacia el lugar donde, atado de manos, esperaba el Señor a que se iniciara el juicio. Y se encontraron las pupilas de Pedro con los ojos de Jesús, y no halló en estos reproche alguno; vio, en cambio, la infinitud de la compasión de Jesús, un “no te culpes, yo te entiendo” envuelto en inagotable ternura; un te amo, sin poner condicionantes. Cuando el amor derrama su delicadeza sobre el amado, este, sumido en la penumbra de la traición, como Pedro lo estaba, se estremece y estalla en lágrimas que expresan desde sincera aflicción y pesadumbre, hasta un sentimiento de ternura que parece va a hacer estallar el corazón.

Y Pedro lloró amargamente no sólo por el acre sabor de la traición, sino por el sobrecogedor enternecimiento que trae en su regazo, el perdón.

Y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista, le dijo: «Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa».

Y entonces, así como Pedro, Zaqueo debe haber estallado en llanto, si no en sus ojos, en su alma compungida.

Entendió que era un paria, a pesar de su riqueza; que era un marginado, a pesar de estar entre los suyos; que era un miserable, a pesar de su poder. Cuando hizo conciencia de esto, iluminado por la mirada de Jesús; cuando

advirtió que el maestro no tomaba en cuenta su mezquindad y sordidez, debe haber pensado que no era digno de tal honor. Pero, a su vez, sintiéndose poseedor del privilegio y distinción con el que Jesús lo vistió, se inundó su alma de piedad y misericordia, la misma que el Señor le infundió con su mirada, la misma que le comunicó después, cuando en el hogar de Zaqueo, Jesús dijo: *«Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también éste es hijo de Abraham, pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido»*. Zaqueo no pudo contener en el vaso de su alma el desbordamiento de la pasión y expresó : *«Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo»*

Zaqueo se abandonó en brazos de Jesús, vencido por el amor de Dios; cuando sucede esto, al alma nada le dicen los abalorios, el dinero, el poder, la fama, el dolor, la muerte, la maledicencia, lo fastuoso; es que Zaqueo, conmovido, vivió, al llegar Jesús a su casa, un instante de eternidad y paraíso y frente a eso, todo lo demás parecía herrumbre.

La muchedumbre, el gentío, dijo o pensó mal de Jesús: *«Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador»*

Lo mismo pensó Simón cuando María Magdalena vertió perfume desde un vaso de alabastro para ungir los pies de Jesús y secarlos con sus cabellos; lo mismo pensó el hermano mayor respecto de la misericordia de su padre hacia el Hijo Pródigo.

Es que el ser humano no acierta a ver la viga de su propio ojo; ve con mucha facilidad la paja en el ojo ajeno. El hombre no se ve ante Dios como un paria, como un indigente; la soberbia le ciega el entendimiento para mirar su propia alma y le abre los ojos al orgullo para sindicar la miseria de sus hermanos.

Zaqueo, tras el encuentro con Jesús, vio.

La muchedumbre, en cambio, miró a través de su ceguera.

Y no pudo ver. Porque tenía los ojos cubiertos con altanería y desprecio.

MARTA Y MARIA.

Yendo de camino,entró Jesús en un pueblo y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa. Tenía ésta una hermana de nombre María, que se sentó a los pies del Señor para escuchar su palabra.Marta, en cambio,estaba muy ocupada con los muchos quehaceres.En cierto momento se acercó a Jesús y le preguntó :

“Señor,¿ no se te da nada que mi hermana me deje sola para atender? Dile que me ayude.” Pero el Señor le respondió : “ Marta,Marta,tú te inquietas y te preocupas por muchas cosas. En realidad, una sola es necesaria. María escogió la mejor parte,la que no le será quitada. “

Lc 11, 38-42.

Yo soy Marta.

Yo soy María.

Soy ambas, Señor.

Y te quiero como ellas.

Atendiendo todos mis asuntos con afanosa avidez. En medio del quehacer olvido que estás allí, esperando que te ofrezca mi compañía, igual que Marta; y recostando mi cabeza en tu regazo, cuando rezo, soy igual que María.

Tengo en el alma el apuro por las cosas más pequeñas, los afanes desmedidos de insignificancias, la angustia por hacer y hacer, dejándote de lado, sin pensarte un instante, sin hacerte un cariño, sin decirte: te quiero.

Como Marta.

Como Marta, creo que tengo que hundirme en el tráfico loco de ilusiones y sueños para hacerlos realidad y darme cuenta, después, que el precio pagado por concretarlos no valía la pena.

Quisiera ser como María.

Sentarme a tus pies, escuchar tu palabra.

Dijiste: “ Marta, Marta, tú te inquietas y te preocupas por muchas cosas. En realidad una sola es necesaria. María escogió la mejor parte, la que no le será quitada”.

¿ Y cuál es la mejor parte, Señor?

He pensado en la escena de aquel día, en casa de Lázaro. Llegaste después de un viaje a visitar a tus amigos y a descansar. Yo te acogí en la sala de estar y allí llegó María quien se puso a tus pies para conversar contigo, para escucharte. Pero yo, Señor, tenía que preparar un refrigerio para ti y me puse a disponerlo. Mientras estaba en esos menesteres, por

cierto con ganas de conversar contigo también, me acerqué para decirte: Señor, ¿no se te da nada que mi hermana me deje sola para atender?

En realidad, de esa escena familiar es posible rescatar, Señor, que yo debiera haberte invitado a hacer las cosas conmigo, en la cocina.

Mientras yo preparaba tu refrigerio, podríamos conversar.

Y eso es lo que haré. Te invitaré a todas partes donde yo vaya; al colegio, al trabajo, a las labores domésticas, porque en todas partes te estoy haciendo un refrigerio. Dondequiera que yo haga algo por otro, por ti lo estoy haciendo.

He comprendido, Señor, que así no me perderé la mejor parte.

La mejor parte eres Tú.

LÁZARO Y EPULÓN.

Había un hombre rico que se vestía con ropa finísima y que cada día comía regiamente. Había también un pobre, llamado Lázaro, todo cubierto de llagas, que se tendía a la puerta del rico, y que sentía ganas de llenarse con lo que caía de la mesa del rico. Pues bien, murió el pobre y fue llevado por los ángeles hasta el cielo cerca de Abraham. Murió también el rico y lo sepultaron. Estando en el infierno, en medio de tormentos, el rico levanta los ojos y ve de lejos a Abraham y a Lázaro cerca de él. Entonces grita : “Padre Abraham, ten piedad de mí, y manda a Lázaro que se moje la punta de un dedo para que me refresque la lengua, porque estas llamas me atormentan.”

Lc 16,19-24.

Yo soy Epulón, Señor, que visto con ropa finísima y cada día me alimento regiamente.

Yo soy Lázaró, hombre pobre, todo cubierto de llagas, que me tiendo a la puerta de la casa de Epulón y que siento ganas de llenarme con lo que cae de su mesa. Los perros, Señor, vienen a lamerme las llagas.

Tengo en mi alma a Epulón: no comparto lo que tengo ni lo que soy; prefiero perder aquello que me sobra y no darlo.

Mi egoísmo es grande, mi Dios. No me conmueven las llagas de otro, sus males, sus dolores, sus necesidades; no me tocan la miseria ni la tristeza. Mi alma vive en eterno jolgorio. Paso por la vida cantando a la nada y riendo vacío. Para mí, Lázaró es un ocioso que nunca trabajó y por eso es que ahora nada tiene.¿ Para qué le doy si lo botará de nuevo?

Me molesta, Señor, que insistas en que debo vender todo y tener un tesoro en el cielo. Te he escuchado ya varias veces decir lo mismo.

Creo que no seré capaz de tamaño error.

¿Vender todo y regalarlo a Lázaró?

No, Señor. No me atrevo.

Sí, Señor. Venderé todo y descansaré en tu mano.

Pero necesito fe, Señor Jesús. Necesito confiar en tu palabra y atreverme a compartir; necesito conmovirme con el que requiere ayuda y acoger al otro.

Soy Lázaró, Señor.

Tú me ves.

Estoy llagado por mis culpas, por haberte abandonado. Estoy con hambre de ti y te ruego me dejes acercarme a tu mesa y comer de lo que cae de

ella. Tengo frío, porque me hace falta tu casa; mis heridas no cierran, porque no me he dejado curar por ti.

Vivo a la puerta de tu casa.

No me abandones, aunque hiedan mis llagas.

Te lo ruego.

Soy Lázaro. Llagado por el egoísmo y la soberbia, por el orgullo, por la debilidad de la carne, por la indolencia.

Soy Epulón, terco, vanidoso, avaro, codicioso.

Y que tengas misericordia de mí es lo asombroso.

LOS SERVIDORES DEL SUMO SACERDOTE Y PEDRO.

Mientras tanto, Pedro estaba sentado afuera, en el patio, y acercándose una muchachita de la casa le dijo: “Tú también seguías a Jesús de Galilea”. Pero él lo negó delante de todos, diciendo : “No entiendo lo que dices” Y como Pedro se dirigiera hacia la salida, lo vio otra sirvienta, que dijo a los presentes : “ Este estaba con Jesús de Nazaret”. Pedro negó por segunda vez, jurando : “No conozco a ese hombre”.

Mt 26,69-72.

Soy uno de los servidores del Sumo Sacerdote que acusó a Pedro esa noche en que te aprehendieron, Señor.

Vivo en la casa de mi amo, preferentemente en el patio. No se me permite estar en los aposentos interiores.

Acusé a Pedro de ser tu amigo aquella noche.

Era de noche.

No me conmoví al verlo tan asustado. Con todo, insistí en la acusación. Igual que ahora, en que imputo a otro cualquier falla. Como queriendo estar siempre atento a las faltas del prójimo.

Vivo en la casa de mi amo.

Mi amo es el dinero, el poder detentado en toda su magnitud.

Mi amo es el abuso de otros; la maledicencia, el engaño, el trabajo fácil. Y me paseo en la noche, donde urdo lo que haré con otros al día siguiente.

Vivo con el Sumo Sacerdote, cuya figura me permite aparecer como bueno, justiciero, trabajador, honrado.

Me visto con el ropaje del Sumo Sacerdote.

Pertenezco al grupo político más popular para justificar mis actos y mis pertenencias. Así, a nadie se le ocurrirá tildarme de oportunista, explotador ni pendenciero.

Si hasta me parezco al Sumo Sacerdote.

Pero en la noche, sindico al que creo pecador, delante de todos, para que no digan que yo he sido el culpable.

Las lágrimas o el miedo de mi semejante, no me impresionan. Antes bien, creo que son un invento.

Y soy Pedro, Señor. El mismo que no titubeó en dejar su barca para seguirte y el mismo que te reconoció como el Hijo de Dios.

Te he negado no tres, sino miles de veces.

Y he llorado, también, el haberlo hecho.

Te he negado por cosas tan minúsculas: un poco más de pan, otro vestido; te he negado sin sentido.

Pedro no escondió su mirada cuando tus ojos lo miraron con dulzura. Y yo, en cambio, ni siquiera he buscado la luz de tus pupilas; prefiero la honda negrura de las mías.

A veces, por allí, en un templo, me he escabullido a contemplarte en el sagrario. Quizás una oración musito. Tal vez contrito, resbalan algunas lágrimas.

Era mejor Pedro. Y tantas veces que yo lo creí traidor.

Mírame, Señor.

Siéntate a mi lado; un ratito nada más, para que pueda contarte tantas cosas y decirte que te necesito, que aunque me veas distante no pienses ni un instante que he dejado de quererte. Sólo que..... Tú sabes.

Ya vuelvo, Señor.

Espérame, Señor. Voy a dejar mi fardo aquí, a tu lado, para pedir perdón a los que herí; para dar la limosna que negué; para mirar las estrellas y todas las cosas bellas que hiciste para mí.

Cuida mi fardo, Señor, te lo encargo, porque así quedó la tarea que me diste. La envolví entre los trapos de la indolencia, pero te lo prometo, Señor: nunca más dejaré de buscar tu mirada ni volveré a dudar de tu ternura.

Cuida mi fardo, Señor, que si me lo diste es que con él quisiste acercarme a tu regazo.

EI CIRENEO.

Entonces los soldados sacaron fuera a Jesús para crucificarlo. Al salir se encontraron con Simón de Cirene que volvía del campo, y lo obligaron a llevar la cruz de Jesús.

Mc 15,21.

Cuando aquella tarde del viernes regresaba a mi casa, encontré a la turba gritando. Me acerqué para observar qué sucedía. Allí, tendido sobre las piedras yacías inerme.

Era una tarde de viernes.

Era una tarde de ajusticiamientos.

Yo volvía a casa.

De pronto una voz me arrancó de mis pensamientos: ¡ Oye, tú!

Y me cargaron con un leño, áspero, pesado, astillado.

Yo soy Simón de Cirene, padre de varios hijos, marido, trabajador empedernido; yo soy también el Cireneo.

Me dijeron: ¡Oye,tú!, cuando te ví en tanto mioserable, en el cesante, en el que no tiene albergue, en el que perdió sus derechos; en el preso y en el cesante; en tantos que caminan por su calvario.

¿ Y por qué yo, Señor?

Hoy es viernes, he trabajado de sol a sol toda la semana y me ponen este leño.

No quiero cargarlo sobre mis hombros.

Cuando me puse tras de ti aquella tarde tormentosa y te diste vuelta a mirarme, te ví tan triste y oprimido; me conmoviste.

Seguí tus pasos.

No sé donde iríamos.

Solos, tú y yo, sin otra compañía que la turba que observaba y la soldadesca que apuraba.

Igual que ahora.

Me pesa el leño.

Hoy es viernes, Señor, no quiero cargar el madero, pero si lo requieres, te sigo sin quejarme; duele estar contigo mientras la turba se divierte.

Hoy es viernes y con mi madero a cuestas, tantos años que parecen siglos, he llegado a tu sagrario. Tú ya has trabajado tu leño.

Para proseguir, preciso tu compañía. La busco. Con ella puedo continuar esta jornada.

Enséñame a encontrarla en el arrebol de cada tarde, en el viejo que sonrío, en el descanso del que encontré trabajo. En la alegría del que trocá en vestidos sus andrajos.

Vengo a pedirte que cargues mi madero.

Sé, tú, mi Cireneo, para no desmayar en mi empeño.

CIEGO DE NACIMIENTO.

Era día sábado cuando Jesús hizo lodo y abrió los ojos al ciego.

Los judíos, pues, llevaron ante los fariseos al que hasta entonces había sido ciego., y otra vez, los fariseos le preguntaron cómo había sanado de la ceguera.....Le preguntaron al ciego : “ Y tú, ¿qué piensas de él, puesto que te ha abierto los ojos?”. El contestó“ Es un profeta”.

Jn 9,13-17.

Soy el ciego de nacimiento.

Sin fe.

Ando a tientas, errando, equivocando la ruta. Con la noche siempre presente.

La negrura auestas.

Con el sol escondido en algún fleco del alma, apagado.

Sin conocer las estrellas.

Te preguntaron: “ Maestro, ¿Quién tiene la culpa de que esté ciego, él o sus padres?”.

Respondiste: “ Esta cosa no es por haber pecado él o sus padres, sino para que Dios obre en él un milagro”.

Con tierra y saliva untaste mis ojos y ví.

Como Adán al que hiciste con tierra y lo untaste con tu aliento. Soy el Adán de los ojos.

Anduve ciego usando el bastón de la academia, el perro lazarillo de la ambición desmedida, los anteojos oscuros de la ciencia.

Cuando me diste la vista, me dijeron que eras pecador. Que era malo lo que hacías.

¿ Cómo va a ser malo que hayas abierto mis ojos y pueda dar a las cosas su justo valor, y apreciar tu gloria? Porque gloria tuya es cada flor, cada escarabajo, cada uno de los animales que nos acompañan, cada amanecer.

Es tu gloria la inmensidad del cielo, el vuelo del ave, el atardecer.

Dijiste: “ He venido a este mundo para iniciar una crisis: los que no ven, verán, y los que ven, van a quedar ciegos”.

Después de tanto tiempo, díme, Señor: ¿ Qué es ver? Porque yo quiero ver.

¿ Es ver, poner la otra mejilla, perdonar, compartir?

Yo, ciego, veo el armazón de tu ley, pero hecha para los demás. El espíritu de ella no lo cumplo. Siempre hallo las razones para no poner la

otra mejilla, para no dar de comer al hambriento ni visitar al encarcelado. No veo la ley para mi.

Hazme ver.

Y cuando me abras los ojos, ten misericordia del tiempo en que fuí ciego.

LÁZARO, EL AMIGO DE JESÚS.

Había un hombre enfermo que se llamaba Lázaro. Era de Betania, el pueblo de María y de su hermana Marta. Las dos hermanas mandaron a decir a Jesús : “ Señor, el que tú amas está enfermo”.

Jesús quería mucho a Marta, a su hermana y a Lázaro. Sin embargo, cuando se enteró de que Lázaro estaba enfermo, se quedó ahí dos días más.. Les dijo a sus discípulos : “ Nuestro amigo Lázaro se ha dormido y voy a despertarlo”. Cuando llegó Jesús, Lázaro llevaba cuatro días en el sepulcro.

Cuando Marta supo que Jesús venía en camino, salió a su encuentro, mientras que María permaneció en casa. Marta, pues, dijo a Jesús : “Si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero cualquier cosa que pidas a Dios, yo sé que Dios te la dará”.

María llegó donde estaba Jesús. Al verlo, cayó a sus pies y le dijo “Señor, “Si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto.”

Al ver Jesús el llanto de María y de todos los que estaban con ella se conmovió hasta el alma. Y Jesús lloró.

Jesús, conmovido, se acercó al sepulcro, que era una cueva tapada con una piedra. Jesús ordenó : “Saquen la piedra”.

Levantó los ojos al cielo y exclamó : “ Te doy gracias, Padre, porque has escuchado mi oración. Al decir esto gritó muy fuerte : “¡Lázaro sal fuera!”. Y salió el muerto. Tenía las manos y los pies vendados, y la cabeza cubierta con un velo, por lo que Jesús dijo :

“ Desátenlo y déjenlo caminar.”

Jn 11, 1-44.

Lázaro, tu amigo, te recibió en su casa. Te la abrió de par en par. Te amaba tanto, que no fue él quien envió por ti cuando enfermó, para no importunarte. Fueron sus hermanas las que te enviaron el mensaje acerca de su delicada salud. No te dijo nada acerca de su enfermedad, para no preocuparte y no darte un dolor.

Sabía él de todos tus dolores, de tus preocupaciones, de tus penas, del esfuerzo que hacías.

Jamás estuvo, según las escrituras, en ninguna de tus reuniones ni con tus seguidores.

Seguramente era fariseo y, a pesar de ello y de que podría acarrear problemas con su secta, te acogió en su hogar. Te dió alero, descanso, refrigerio.

Porque ser amigo es eso: querer sin esperar nada del otro. Quererlo porque sí, gozarse de su sola existencia, estar dispuesto a su servicio sin retribución.

Y así te amaba Lázaro.

Yo soy Lázaro.

Al menos un pedazo de Lázaro.

Algo de él, porque a veces te quiero porque sí y estoy dispuesto para tí en el silencio del alma sólo porque te quiero.

Pero, soy más bien el Lázaro muerto, el que ya hiede, que espera que vengas a la tumba de mi ser a sacarme fuera.

Y siempre espero.

Yo sé que has llorado por mí.

No te imaginas la emoción que me produce saber que has llorado por mi. Que has caminado por tanto camino para venir a resucitarme, para decirme que aquí estás, que eres mi amigo, que no dejarás que me muera sin haber visto de nuevo tu rostro amado.

Soy Lázaro por eso, porque espero que vengas cada día, a sacarme de la tumba del avaro que hay en mi, del egoista y orgulloso; porque espero que me saques las vendas que tapan mis ojos y no me dejan ver tu gloria, que apresan mis manos y me impiden ayudar al menesteroso; que no me permiten caminar hacia el que requiere ayuda y compañía.

Soy Lázaro escondido en un rincón del alma, sepultado entre las hojas secas del desamor, que espera que le grites: ¡Lázaro, sal afuera!

EL BUEN LADRON.

Junto con Jesús llevaban también a dos malhechores para ejecutarlos. Cuando llegaron al lugar llamado de la Calavera, lo crucificaron a él y a los malhechores, uno a su derecha y el otro a su izquierda. (Mientras tanto Jesús decía : “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”).

La gente estaba ahí mirando; los jefes se burlaban diciendo :”Ya que salvó a otros, que se salve a sí mismo, para ver si es el Cristo de Dios, el Elegido.”Los soldados también se burlaban de él. Cuando le ofrecieron de su vino agri dulce para que lo tomara, le dijeron : “ Si tú eres el rey de los judíos,sálvate a ti mismo “.”Uno de los malhechores crucificado,insultándolo, le dijo : “¿Así que tú eres el Cristo? Sálvate, pues, y también a nosotros”. Pero el otro lo reprendió,diciéndole : “¿No temes a Dios,tú que estás en el mismo suplicio? Nosotros lo tenemos merecido, y pagamos nuestros crímenes. Pero él no ha hecho nada malo”. Y añadió : “Jesús, acuérdate de

mí, cuando llegues a tu Reino”. Respondió Jesús : “ En verdad, te digo que hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso”.

Lc 23, 32-43.

No me atrevo a decirte, Señor, que soy el buen ladrón, porque, es cierto, soy ladrón, pero no bueno.

Dice Lucas (23: 32-43) : “Junto con Jesús llevaban también a dos malhechores para ejecutarlos. Cuando llegaron al lugar llamado de la Calavera, lo crucificaron a él y a los malhechores, uno a su derecha y el otro a su izquierda. Mientras tanto Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”.

Uno de los malhechores crucificado, insultándolo, le dijo:¿ Así que tú eres el Cristo? Sálvate, pues, y también a nosotros.

Pero el otro lo reprendió, diciéndole: ¿ No temes a Dios, tú, que estás en el mismo suplicio? Nosotros lo tenemos merecido, y pagamos nuestros crímenes. Pero él no ha hecho nada malo. Y añadió: Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino. Respondió Jesús: En verdad, te digo que hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso.”

Cuando iba a tu lado, camino del calvario, te ví tan entregado, sumiso. Habías sido tan brutalmente golpeado, que pensé que eran los palos y el dolor los que te habían puesto así, sencillo, recatado, humillado.

Yo iba rumiando mis penas. Me acordaba de mis hijos. Los quiero, a pesar de ser tan malo como para merecer la muerte. Pero, te aseguro, Señor, que los que están en los estrados son peores que yo. Al menos igual de malos.

Me apena dejar a mis amigos.

Me asusta morirme así. He visto a otros y es doloroso.

¿ Y qué has hecho Tú? Jamás te había visto hasta que te observé junto a Pilato. Ninguno de mis compañeros de correrías me habló nunca de ti.

¿ Con quién vas hablando, Señor?

¿ ¡Qué estás diciendo!?.

¿ Cómo puedes decir que no saben lo que hacen y que los perdone quién? Pero, míralos, son igual de malos. Lo que pasa es que no los han descubierto. Tienen comida de sobra, vestidos por decenas, abusan del pobre, violan mujeres, pasan en francachelas, viven de la usura, usurpan, niegan justicia al pobre y matan, igual que yo. Pero son peores, porque son crueles.

¿ Y dices que no saben lo que hacen?

¿ Y que tu Padre los perdone?

¿ Y qué clase de Padre es el que tienes que acepta que estés así, tan herido y humillado?

Pensaba: voy contigo, Señor, camino del calvario, quejándome de los otros, murmurando siempre. Hasta me olvido, por la ira, de que voy camino del calvario. Del mío, que por lo que veo es también el tuyo.

Tú, en silencio.

Yo, ya sabes, Señor, airado. Furioso.

Esa bondad que tienes, ese rostro luminoso, ¿ De dónde vienen?

¿ Qué dicen los soldados?

¿ Que eres el Cristo de Dios?

Mi madre, cuando yo era pequeño, me habló de un Cristo, de un Mesías. Cuando me hice mayor pensé que eran patrañas, cuentos de señoras.

Comprenderás que un Mesías viene a salvar a su pueblo de la opresión, del abuso, y a instalar su reino vengando la ignominia.

¿ O es que el Mesías serás Tú, así, tan suave, tan gentil y generoso que no encuentra maldad en los que lo atormentan?

¡Ah, pero ahora entiendo! No son tus armas el garrote ni la lanza.

Es el perdón.

¡Es el perdón!.

Entiendo, Señor, es el perdón.

A veces perdoné a algunos rufianes como yo y quedé tan complacido, quieto, encantado y complacido.

Pero cuesta perdonar, Señor, cuando duele lo que con un uno han hecho.

Si eres el Mesías, el Cristo de Dios, nada malo ha salido de tu brazo:

¡Señor: acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino!

Si eres el Mesías, perdona, Señor, mis canalladas y traiciones.

No sabía lo que hacía.

Porque no te conocía.

Soy el buen ladrón, Señor, que estoy crucificado junto contigo, pero he aprendido que Tú estás crucificado porque yo lo estoy, por mis errores, por mi vida sin sentido, por la holganza y el olvido.

Es que no te conocía.

No sabía lo que hacía.

Fariseo y Publicano.

Dos hombres subieron al Templo a orar, uno era fariseo y el otro publicano.

El fariseo, de pie, oraba en su interior de esta manera :

“ Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos, adúlteros, o como ese publicano que está allí. Ayuno dos veces por semana, doy la décima parte de todo lo que tengo.”

El publicano, en cambio, se quedaba atrás y no se atrevía a levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo:

“Dios mío, ten piedad de mí que soy un pecador”. Yo les digo que este último estaba en gracia de Dios cuando volvió a su casa, pero el fariseo no.

Lc 18, 10-14.

Yo soy el fariseo, oro de pie, me muestro ante los demás, te digo lo bueno que soy, aunque lo hago usando el no: no soy adúltero, no soy mentiroso, no soy ladrón. Sin embargo, hurgando entre los retorcidos flecos de mi alma no he podido hallar algo positivo y decirte, soy misericordioso, soy caritativo, te amo por sobre todas las cosas.

Es verdad que no soy adúltero, pero he cambiado tu amor por el dinero, y la generosidad por la avaricia. Y me presento como dadivoso, pero doy lo que me sobra, aquello que ya no uso, las cosas que tengo tiradas en el desván. Y aparezco como generoso.

No soy ladrón. Ciertamente, pero he robado el tiempo de otros, he robado quizá cuánta inocencia. Los sueldos que pago a mis empleados son exigüos y les robo con ello la tranquilidad familiar.

Y, ya ves, aparezco como bueno.

Te he visto clavado en el madero tantas veces. Y me pregunto de qué manera podré llegar a ser como el publicano aquél a quien perdonaste todo.
¿Cuál fue mi pecado?

Si te contemplo lavando los pies de tus discípulos, sufriendo el tormento de la cruz sin un reproche, soportando azotes y burlas en silencio, creo, Señor, que mi falta es la soberbia, el orgullo manifiesto y destemplado.

Como Adán.

Me ha faltado, Jesús, la modestia para aceptar que soy malo y que a pesar de ello me quieres y me esperas. Porque, en el fondo, bien profundo en el alma, lo que quiero es ganarme el cielo que prometes.

Con el publicano a mis espaldas he comprendido que me quieres como soy; que el cielo ya lo tengo desde siempre y para entrar sólo tengo que pedirlo . Pedirlo solamente.

Como el publicano, y sabiéndome pequeño, como Zaqueo; y reconociendo, como el Capitán romano al pedir por su siervo, que no soy digno de que entres en mi casa llena de cal cubriendo mi malicia.

Entiendo.

No te ocultaré que he cubierto de cal mis necesidades y lavaré con mi amor por ti, las negruras. Y postrándome a tus pies, reconoceré que a pesar de todo, aunque mi esfuerzo no alcance a blanquear el alma, me amas y me esperas.

Como fariseo es eso lo que me falta por aprender.

Yo soy, también, el publicano, Señor, cada vez que te visito en el sagrario y, desgranando un Padre Nuestro musitado con ternura, me atrevo a decirte mis pesares, mis renunciaciones y a contarte tanto desacierto, para después, en un sollozo, pedirte perdón por todo, sabiendo que si no me auxilias no tendré fuerzas para seguirte.

Me gustaría pagar los diezmos; no ser adúltero, como te dice el fariseo. Y, como él, no ser ladrón ni injusto y tener fuerzas para ayunar. Pero, Tú lo ves, no he podido.

Es grande mi debilidad, peco a cada rato, mi corazón se extravía en decires, naderías y pequeñeces. Y, cuando me doy cuenta de que me he entretenido en tanta fruslería quedándome solo frente a la vitrina de la vida, corro tras de ti como un chiquillo y te grito: ¡Espérame, Señor, te necesito!

UN PASTOR DE BELEN.

En la región había pastores que vivían en el campo y que por la noche se turnaban para cuidar sus rebaños.. El ángel del Señor se les apareció y los rodeó de claridad la Gloria del Señor, y fueron presa del temor. Pero el ángel les dijo :“ No teman, porque yo vengo a comunicarles una buena nueva que será motivo de mucha alegría para todo el pueblo. Hoy ha nacido para ustedes en la ciudad de David un Salvador que es Cristo Señor.”

Lc 2,8-11.

¿Recuerdas Belén, Señor?

Y de mí, ¿Te acuerdas? Soy un pastor, uno de los tantos que llegó hasta tu pesebre.

¡Qué pobreza, Señor! Si hasta yo, andrajoso, tenía al menos una choza donde vivir. No nacieron mis hijos en una cueva de animales. Llevo veinte siglos sin explicarme cómo la majestad infinita y el poder inconmensurable se pudieron dar cita en un pesebre.

Me conmueve el corazón la miseria de esa noche y su contraste con la alegría de los astros que, también desnudos, titilaban allá arriba.

Yo tenía mis ovejas, mis sandalias y un cayado.

Tú, el aliento frío de la noche, los pies descalzos, el desamparo.

Soy el mismo pastor de aquella noche. En ese tiempo arriaba mis ovejas y las metía en el redil. Ahora, tengo un rebaño de dinero, de títulos, honores.

Y los pongo en un redil que se llama caja fuerte.

Junto metales. Los mismos que enterraste Tú en la tierra, para que, hallándolos, los compartiera.

Pero, los junto.

En mi casa tengo hartos papeles al que le puse como nombre dinero, acciones, certificados de posesión de tierras, profesión y bienes.

Y estoy preso de ellos. Son ellos los que me conducen como borrego a mi redil.

Los he convertido en mis dueños.

Y les rindo pleitesía.

Son el borrego de oro que me he construido porque te sentía lejos.

Ahora que llego hasta el pesebre y tu madre me ha dicho que te llamas Emanuel, Dios con nosotros, he quedado mudo.

Si estás conmigo, ¿Para qué junto tanta nadería?

Entiendo, ahora, que estás conmigo, como un amigo. Acompañando, sin decir palabra; sólo ahí, presente, cercano.

El mensaje que me has dado comienzo a descifrarlo: desnudo estás en el pesebre para que nada te impida que me acompañes. Yo estoy vestido, tengo bienes y tonterías que brillan, que me impiden dejar mi casa para acudir en ayuda de otros, porque me atan. Incluso mi alma, que quisiera volar hacia a ti, está encarcelada tras barrotes de egoísmo y le cuesta, por estar contando ovejas, billetes, propiedades, títulos y piedrecitas de metal: orar, hablarte.

Aquí estoy, Señor. Allá afuera dejé mi rebaño. Quiero abrigarte. Velar tu sueño. Tomarte en brazos.

Cantarte una canción de cuna.

Cinco panes y dos peces.

*El día comenzaba a declinar. Los Doce se acercaron para decirle :
“Despide a la gente. Que vayan a las aldeas y pueblecitos de los
alrededores en busca de alojamiento y comida, porque aquí estamos
en un lugar solitario”. Jesús les contestó : “Denles ustedes mismos de
comer” Ellos dijeron : “No tenemos más que cinco panes y dos pescados, a
menos que fuéramos nosotros mismos a comprar alimentos para todo este
gentío”. Porque había unos cinco mil hombres. Pero Jesús dijo a sus
discípulos : “ Háganlos sentarse en grupos de cincuenta”. Jesús entonces
tomó los cinco panes y los dos pescados, levantó los ojos al cielo, dijo la
bendición, los partió y se los entregó a sus discípulos para que los
distribuyeran a la gente. Todos comieron cuanto quisieron y se recogieron
doce canastos de sobras.*

Lc 9, 12-17.

¿Recuerdas, Señor, un día en que se reunió mucha gente a escuchar tu palabra y no tenían dónde comprar alimentos, ya que el día se les había ido tras de tí?

Yo tenía mi cesta con cinco panes y dos peces. Me la pidió alguien diciéndome: Niño, dame tu cesta, el Señor la necesita.

Y la entregué.

Con ella se alimentaron miles de personas hasta quedar saciadas y sobró mucho más que lo que yo había entregado.

Y ahora, mira, Señor, tengo tantas cosas en mi cesta: propiedades, dinero, pan, pescado, vestidos, joyas, armas, pero no estoy en medio de los necesitados ni te veo allí hablando entre ellos.

¿ O es que estás enfrente de mí y no te veo, porque tantas cosas me han obligado a tener un gran almacén tras cuyo mostrador no puedo distinguírte? ¿ O es que estando en medio de tanto desamparado, igual que hace veinte siglos, no los veo porque los escaparates de mi vida están plenos de fruslerías que me tapan los ojos del alma?

Dime, Señor, ¿ Me recuerdas?

A veces he pensado que si me dicen: dame tu cesta, el Señor la necesita :

¿ Tendré la misma generosidad? ¿ Seré capaz de darte todo lo que tengo, porque lo necesitas?

Y cavilo.

Me ha costado, Señor, reunir mis cinco panes y mis dos peces. Tanto esfuerzo, tanta renuncia. Es cierto, no es mucho; y entiendo: aquél no

tiene ropa, éste tiene frío, ese pobre con tantos hijos no tiene una pieza donde pasar la noche. El viejo de la esquina está descalzo, aquella mujer tiene un bebé en sus brazos que llora de hambre, y ella está vestida con andrajos.

Y yo estoy entre ellos con mi cesta bien asida, para que no vean que tengo panes y peces y me los vayan a pedir.

O a robar.

A cada rato vuelvo a mirar mi canastito para comprobar que allí están panes y peces que yo no como, porque estoy ocupado en ocultarlos y que no los comen otros, porque no se los doy.

“Niño, dame tu cesta, el Señor la necesita”.

Y sobró tanto, Señor, porque devuelves ciento por uno.

Pero no me atrevo, ahora, a dártela, a pesar de saber que multiplicas generosamente.

¿ Qué sucedió, Señor, entre Tú y yo que me hizo perder la generosidad y la inocencia?

No me conmueven el llanto de un pequeño hambriento ni las figuras famélicas de niños que vagan por las calles de las ciudades diezmadas por la guerra; no me conmueve el hombre que llora una desgracia, no me perturba el padre que no puede alimentar a su familia. No me impresionan el mendigo ni el abandonado.

Perdón.

Lo que pasa, Señor, es que entre tanto trasto que he juntado, mis ojos no ven más allá de la vitrina que he construído para vender mi mercancía. Y entre las necesidades que acumulo, el corazón se me convirtió en un trozo de hielo. Y en un pedazo de hielo, Señor, no se puede escribir, no se puede grabar tu palabra: “estoy en el preso, en el que tiene hambre, en el que tiene frío, en el que sufre”.

Prefiero no verte en los pequeños ni en los abandonados, porque si lo hago se me derretirá el corazón de hielo y me darás un corazón de carne, perderé mi cesta y me quedaré sin nada.

Sólo con mi corazón de carne.

Además, si te doy mi cesta, me dirán que me he vuelto loco, irresponsable, que no guardo, que no tengo previsión para el futuro.

Después, pienso: si así lo quieres, he aquí mi cesta; haz, Tú, con ella, lo que quieras.

Sin embargo, algo me queda claro: no he aprendido aún que lo que dices se cumple.

Multiplicas.

¿Yo ?, yo resto o divido.

Tú entregas. Yo robo.

A veces te he visto en un rostro doliente, en una lágrima, en las manos del que hurga en la basura para hallar su sustento; en los ojos del triste.

A veces te he visto en el rictus del fracasado, en el abandonado.

A veces.

Pero tengo bien asida mi cesta. No me la vayan a robar.

No me la vayas a pedir, Señor, porque no sé qué haría cuando me dijeran:

“Niño, dame tu cesta. El Señor la necesita”.

La Multitud.

Era el día de la preparación de la Pascua, alrededor del mediodía. Pilato dijo a los judíos : “ Ahí tienen a su rey”. Ellos gritaron : “ ¡Fuera!,j fuera!!, crucificalo!. Jn.19, 14-15.

¿Recuerdas, Señor, la multitud que te seguía?.

Yo soy, Señor.

Y sigo pidiendo lo mismo que entonces: piedad para los presos, consuelo para el que llora; un lecho para el que se cobija bajo diarios; que vea las estrellas el ciego y el sordo oiga el arroyuelo.

Que no trabajen los niños, que el ladrón no robe y el asesino no blanda su espada; que no zozobren los barcos. Que encuentren refugio los que huyen de la guerra con sus pobres hijos por caminos polvorientos, con la metralla mordiéndoles los pies y apresándoles de angustia el corazón. Que el rostro macilento se torne rosado y que el fatigado encuentre reposo; que siempre canten los grillos y que las hormigas afanen en los jardines; que las aves canten y el ratoncillo tenga algo que comer.

Que se abran las jaulas de los animales cautivos y que el pobre hombre apresado por pasiones y adicciones quede libre del tormento.

Que siga habiendo otoños dorados y caiga la lluvia bienhechora.

Que se apiade tu corazón del desnudo y que sea, yo, capaz de vestirlo.

Que el tigre no se coma al cabrito ni el lobo a la oveja, y que la pobre araña teja su madeja sólo para atrapar gotas de rocío.

Que pueda, yo, oírte entre tanto bullicio y tenga fuerzas para seguirte aunque sea de lejos y no perder, al menos, la huella de tus pasos.

Que florezca una rosa en el pantano y que la luna le pinte de plata cada pétalo.

Que le encuentres la senda al que se perdió entre tanto desvarío y que no cese, el mar, de acariciar los flecos de las playas.

Que tengan juguetes los niños en Navidad, que no se canse el buey de arrastrar el arado y que la tierra se deje herir para el sembrado.

Y así, Señor, tanto pedirte.

Acompaña a los viejos en su solitario caminar y, al hijo malo, enséñale a amar.

Dame un poco de pan en la mañana y cada día una Navidad, para que en el pesebre del corazón de cada hombre esté acunada la caridad.

Yo soy el de las largas filas de la comunión, la multitud que espera que Tú, convertido en un pedazo de pan, le alimentes el alma. Y allí voy, con las manos tendidas como un mendigo para recibirte en una hostia consagrada; voy con mi hijo en hombros para mostrártelo y pedirte que lo bendigas: voy guiando de la mano a mi madre vieja y medio ciega, para que el peso de los dolores, la pobreza, la renuncia, la desilusión y el desencanto que pude haberle producido yo con mi extravío, no la arrojen a tus pies y Tú, compadecido, maldigas mi maldad por no haber cumplido el Cuarto Mandamiento; voy con mi bastón, cubierta la cabeza de los hilos blancos que el tiempo tejó entre mis cabellos, titubeante, arrastrando mis pies cansados, anhelante por gustar de tu dulzura, ahora que estoy solo, sin mis hijos, débil, enfermo, sin memoria, sin pasado; voy con mi manto hecho jirones por la pobreza y el estómago pegado al espinazo, tras la hostia, Jesús pan del pobre, para pedirte por los que dejé en la choza esperándome a que les lleve algo que comer.

Soy la multitud de los que añoran que se le haga justicia al débil y se respete al niño, pero me maneja el político de turno que medra con mi sufrimiento y al que hago fuerte con mi debilidad.

Soy la multitud silenciosa ante el opresor y cobarde frente a la mentira.

Soy la multitud que te aclama con palmas hoy y mañana te crucifica en un madero y aplaude a rabiar al astuto y pendenciero.

Y cuando me allego, de noche, cansado, a mi pobre lecho, desgrano una oración triste al verme así, caprichoso, inconstante, humillado.

Judas Iscariote.

Entonces Judas Iscariote, uno de los Doce, fue donde los jefes de los sacerdotes para entregarles a Jesús..Ellos, al oírlo, se alegraron y prometieron darle dinero. Y judas comenzó a buscar el momento oportuno para entregarlo.

Mc. 14, 10-11.

¿Me recuerdas, Señor?

Soy Judas.

Te seguí con lealtad, todos los años que anduviste por la tierra por los caminos polvorientos. Te amaba, Señor; yo creía que venías a salvarnos del tirano, del opresor, del delincuente, de la muerte; creía que barrerías la injusticia, que protegerías a los enfermos, y con tu poder desaparecería el miedo.

Y me uní a ti en esperanzadora espera.

Poco a poco me di cuenta de tu fragilidad. Ni una sola palabra de crítica, ni un grito de atención.

Ni una queja.

Y yo que tenía tantas.

Un día, desilusionado, pensé que me habías traicionado. No eras lo que yo esperaba.

Y dándote un beso helado en la mejilla te vendí por treinta monedas.

Cuando te apresaron, me fui tras la soldadezca que te llevaba a empellones, como un cordero, sin que profirieras ni una amenaza. Te vi tan triste y agobiado que comencé un recuento de los hechos. Saqué de mi memoria tus palabras y consejos y comprendí que era yo el equivocado.

Tú, querías que fuéramos nosotros los que mostráramos el Reino, que acercáramos el cielo al desposeído, que arrimáramos el corazón al lado del débil y que frente a la violencia pusiéramos la otra mejilla y que rezáramos por los enemigos.

Por muchos años yo soñé con lo contrario.

Ya sales de la casa de Caifás.

El rostro triste.

La mirada baja.

La turba enfurecida.

Se me puso un pesar en el alma una pena transida; y me fui al templo a devolver las monedas.

Era tan grande mi pesar frente a tan grave acción que, sin saberlo, porque todo me parecía de una inmensa negrura, alcé la mano contra mí.

Ni siquiera pensé que me perdonarías.

Ni lo imaginé.

Y ya van veinte siglos en que te beso con el frío de la indiferencia; ni siquiera me importa que estés solo y aunque sé que estás en cada pobre, en cada niño, en cada enfermo, en el encarcelado y en el triste, prefiero el tintinear de mis monedas.

Ya no son treinta, Señor.

Por mucho menos te he vendido tantas veces.

Yo soy Judas, ¿me recuerdas, Señor?

Me he puesto al cuello la soga del engaño y cuelgo del árbol de la indiferencia.

Rescátame, Señor, que estoy tan desolado.

Nunca quise traicionarte.

Fue el sistema imperante el que me opacó el corazón por un instante y te perdí de vista. Cuando me di cuenta de mi alevosía, los hombres no me permitieron rescatarte.

Perdóname, Señor, en cada Judas de dos milenios.

El Buey, el Asno, el Grillo.

¿Nos recuerdas, Señor?

En la cueva de Belén, donde naciste, estábamos los tres: el buey, el grillo y yo, el asno sobre el que tu madre, María, hizo el viaje hacia Belén.

Soy el asno, símbolo de la tontería y de la tozudez. Al verte allí, en un pesebre, tan pobre y desvalido, apenas con un quejido, apenas con un gemido, me embarga una alegría tan grande, que no había sentido jamás. Te miro con mis ojos bien abiertos, para no perderme la dulzura de tu rostro. No me importa ya que me pegue el hombre, ni que cargue mi lomo más allá de mis fuerzas.

Te he visto.

Yo soy el buey. Trabajo de sol a sol pegado a un yugo que sólo me deja mirar hacia el suelo. Voy desde el establo al campo, arrastro el peso de

cada día y vuelvo por la tarde, fatigado, macilento, al establo quieto y silencioso, a rumiar mi nadería.

Y hoy me he encontrado contigo.

Se me ha vuelto liviano el yugo y la carga ligera.

Mañana, cuando vaya mirando el suelo, adivinaré en el surco tu rostro y en cada espiga tu sonrisa, en el viento tu clamor tierno y en el rayo de sol la promesa que desde el pesebre me hiciste.

Y yo soy el grillo que canta todo el día. Convertiste mi canto en gozo y en deleite el que te pudiera, yo, tararear, mientras estabas en el pesebre.

Cada tarde seré una dulce melodía para el buey y una canción de cuna para el asno; y para el hombre, a quien has visitado tan callando, tan humilde, le recordaré con mi tonada, tu llanto de amor por él en tu quebranto.